LA OTRA

REVISTA DE POESÍA + ARTES VISUALES + OTRAS LETRAS

50
MAYO 2011

AUTORES

- Ernestina Yépiz
- Omar Ortiz Forero
- Gonzalo Rojas

La Otra

NÚMERO 50

mayo 2011

14 textos · 3 secciones

laotrarevista.com · México · desde 2008

Contenido 50

POESÍA

01 Carlos Edmundo de Ory. Homenaje en Bogotá

02 Columna Rota. Bruno Bresani

AUDIO / VIDEO

03 Videos de poetas leyendo sus textos

OTROS

04 Presentación de La Otra-Gaceta 50

05 Gonzalo Rojas. Despedida fúnebre
Gonzalo Rojas

06 La envidia. José Ingenieros

07 Anna Panek. La poesía en el espacio público

08 Francisco José Cruz, según Eugenio Montejo

09 Omar Ortiz Forero
Omar Ortiz Forero

10 Un cuento
Ernestina Yépiz

11 Diego José

12 Arturo Cosme

13 Gerardo Miranda (EDOMEX, 1984) y Hugo de Mendoza (Guadalajara, 1976)

14 Firmas de la Carta contra la violencia

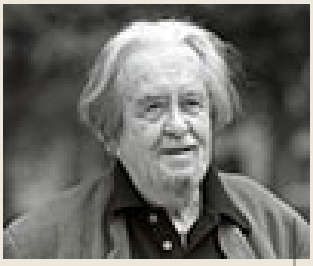
La paginación física se genera al imprimir o guardar este documento como PDF.

CUADERNO

01 Poesía

2 textos

Carlos Edmundo de Ory. Homenaje en Bogotá



En el marco del XIX Festival Internacional de Poesía de Bogotá, se recordó al poeta español, fallecido en el 2010. Aquí algunas de esas evocaciones y aproximaciones a su vida y su obra.

[jtabs] Presentación ::

[jtab/] Revista Ulrika de Poesía :: **Haga click en la presentación para ver a pantalla completa**

Material audiovisual disponible en la edición web.

[jtab/] Galería :: **Haga click en los controles de la presentación para pausar, detener...**

Material audiovisual disponible en la edición web.

[jtab/] Créditos ::
[/jtabs]

Columna Rota.
Bruno Bresani

Jason Mena: siete formas de ocultar, borrar y censurar la expresión pública, el grafiti, en su obra fotográfica: *Lights Out for the Territory*

Haga click en la presentación para ver a pantalla completa

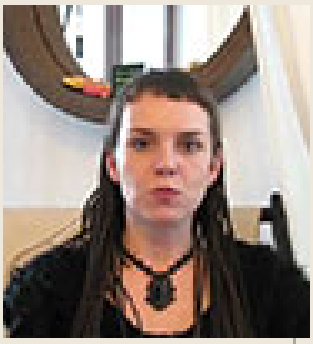
Material audiovisual disponible en la edición web.

CUADERNO

02 Audio / Video

1 texto

Videos de poetas leyendo sus textos



Yolanda Soler Onis (España), Abel Murcia (España), Marta Eloy Cichocka (Polonia)

Material audiovisual disponible en la edición web.

Material audiovisual disponible en la edición web.

Material audiovisual disponible en la edición web.

CUADERNO

03 Otros

11 textos

Presentación de La Otra-Gaceta 50

Javier Sicilia, un poeta como líder moral

Corrupción

José Ángel Leyva

El pasado domingo 8 de mayo, muchos acudimos a la convocatoria que hizo el poeta y amigo Javier Sicilia para manifestar con silencio (imposible) nuestra posición de rechazo a la violencia que flagela a nuestro país. Una "guerra" cruenta y absurda que deja decenas de miles de personas ajenas o no a los intereses que mueven estas acciones que dejan al descubierto el grado de descomposición social que se vive en México.

La pasada entrega, en el número 49 de La Otra-Gaceta, recibí varias cartas protestando contra la frase de Sicilia y el tono de mi nota que la avala: "México tiene podrido el corazón". Uno de esos mensajes exigía mi cambio de posición ante semejante sentencia. No puedo cambiarla por una sencilla razón, estoy convencido de que así es. Eso no significa que todos los mexicanos pertenezcan a la esfera de la putrefacción moral que priva en nuestro medio, en las instituciones, en la sociedad. Hemos llegado a este grado porque de una u otra manera lo hemos permitido, unos por omisión, otros por comodidad, por silencio, por participar directamente en prácticas corruptas, por dejarse llevar por la violencia, por elevar los intereses individuales o de grupo, de organización, de partido, sobre los de una nación, de una colectividad. Muchos empresarios, profesionistas, comerciantes que hoy sufren el acoso de la delincuencia organizada cosechan lo que de manera sistemática han cultivado, rapacidad y práctica de una mentalidad escasamente ciudadana, poco ética. Es preocupante la idiosincrasia que domina en nuestra juventud, valores individualistas, de enorme mezquindad, de negación al otro, de inexistencia de otros. La inteligencia no pasa por el sentido común y la solidaridad, no tiene que ver con la sabiduría y la sensibilidad, es, en todo caso, el ejercicio de una práctica cultural del chanchullo, el soborno, la trampa, la mentira, el agandalle, la ventaja sobre los demás sin importar los medios. Todo ello en un caldo de cultivo de extrema pobreza, de analfabetismo, de injusticia e impunidad, de descomposición política. La mayoría de los mexicanos no ve un líder moral en la clase política, y cuando lo ha visto descubre que no está a la altura de las circunstancias, que se decanta por el autoritarismo y la sordera, por el egocentrismo y la demagogia.

José Ángel Leyva

Por eso llama la atención que un poeta, víctima sí, de esa vorágine sangrienta sea el receptor de esa enorme necesidad de confiar, de tener esperanza en el rescate de lo mejor que tenemos los mexicanos, nuestros valores culturales, nuestra historia, nuestro ser, nuestra dignidad, el orgullo de resistir durante siglos al acecho y la invasión ideológica y territorial de grandes potencias, comenzando por nuestro vecino del norte, siempre dispuesto a dar el zarpazo sobre el más débil. Es cierto, no fuimos tantos como se requiere para impresionar a los que decidieron quedarse en su casa a disfrutar el domingo, a quienes critican a los "revoltosos de Cuernavaca", como me dijo un pintor extraño a quien no conocía, pero defiende la violencia como medio para aplacar la violencia. Incluso la de enrolarse en guardias blancas para acabar con los asesinos. Pueden ser tonterías de un hombre irresponsable, sin duda, pero representan también la forma de pensar de una parte de la sociedad mexicana que respalda la política de Calderón y festeja "nuestra forma de ser", que se pasa los semáforos en rojo, que trasgrede la ley, que da mordidas para resolver de manera expedita un trámite o un problema, que prefiere el cinismo antes que la responsabilidad. No es nuestra forma de ser, porque hay miles, millones de mexicanos que no se afilian a esa forma de ser, es una forma de ser de ciertos grupos que son víctimas del fracaso ciudadano. Pero hay muchos más que deciden romper la comodidad de un domingo para salir y manifestar su opinión, su posición política, independientemente de que hayan sufrido o no alguna tragedia, como tantos testi-

monios que se escucharon ese domingo en la plaza del Zócalo, donde curiosamente la mayor parte de las desapariciones, las vejaciones, las torturas, los levantamientos, los robos, los asesinatos apuntan a policías involucrados de manera directa o en complicidad con los delincuentes y criminales. No sólo nos provoca un nudo filoso en la garganta sino indignación para no quedarnos inmóviles, pasivos ante el televisor, ante nuestro miedo y nuestra cobardía, nuestra incapacidad de conmovernos.

Que sea un poeta el líder moral de esta movilización ciudadana, de estos gritos de silencio y de dolor es un símbolo muy importante de que aún existe, no en la poesía, sino en uno de sus representantes, de sus creadores, la búsqueda de nuevas opciones morales. Porque la movilización debe nacer de la voluntad, de la conciencia ciudadana para cambiar el rumbo de las cosas, de la conducta social. El priismo no fue sólo un partido y una forma de hacer política, fue una cultura que permeó a todos los partidos que vinieron a sucederlo. El priismo nunca se fue, no se ha ido, mutó en este monstruo que hoy siembra fosas clandestinas con miles de muertos, con tráfico de órganos, con asesinatos masivos de migrantes que pasan por territorio mexicano, con una policía a la que no sólo no se le respeta y confía, sino que se le teme y se le acusa de ser parte del crimen. No puedo pues retractarme de avalar la frase de Javier Sicilia: México tiene podrido el corazón. Pero sí matizo y digo que no todos los mexicanos tenemos podrida la conciencia y lo sentimientos, que esos pocos que despiertan las burlas y la mofa de quienes no creen en la legalidad –de quienes prefieren esperar cómodos a ver si llegan mejores tiempos políticos y a ver si algo mejora– y salen a decir basta, que piden un cambio de conducta y de dirección política son una mínima porción social que puede despertar a la otra indecisa y mayoritaria para tomar al país en sus manos, para rescatarlo de esa gangrena que nos mata.

Para leer una crónica de la marcha, pueden dar click aquí y conocer el recuento que nos hace Mario Gutiérrez en su relato y en sus fotos.

También aquí agrego un texto de Fernando Escalante que mucho nos ayuda a comprender la situación que nos tiene entrampados.

HOMICIDIOS 2008-2009

Homicidios 2008-2009. La muerte tiene permiso

Fernando Escalante Gonzalbo

En 2008-2009 el homicidio en México se disparó por encima de toda lógica social y toda tendencia estadística previa. Fernando Escalante Gonzalbo comprueba con rigor que las muertes crecieron especialmente en los lugares en donde hubo grandes operativos militares y policiacos. La muerte tiene permiso es el título de un libro de cuentos de Edmundo Valadés. Lo repetimos aquí en su memoria y homenaje

Hace algo más de un año publiqué aquí mismo un análisis estadístico del homicidio en México entre 1990 y 2007. La historia que contaban aquellos números era un poco desconcertante de entrada, porque nos habíamos hecho a la idea de que la violencia venía aumentando en el país desde hacía tiempo, que era incluso mayor a la que había padecido Colombia a fines de los años ochenta. Y no era así. No había datos que justificasen la sensación de inseguridad de la segunda mitad de los noventa y, extrañamente, nadie los había buscado. Por eso los números resultaban desconcertantes. Entre 1990 y 2007 la tasa nacional de homicidios había disminuido sistemáticamente, año tras año; alcanzó un máximo de 19 homicidios por cada 100 mil habitantes en 1992, y a partir de entonces comenzó a bajar hasta llegar a un mínimo de ocho homicidios por cada 100 mil habitantes en 2007.

Por supuesto, esa evolución lenta y sistemática de la tasa nacional ocultaba historias muy contrastantes de diferentes regiones del país. La disminución era particularmente pronunciada en los municipios de menos de 10 mil habitantes en el centro y sur del país, en Oaxaca, Morelos, Estado de México, Hidalgo, Puebla, Campeche, también Guerrero y Michoacán. No pasaba lo mismo en las grandes ciudades, en los municipios que habían recibido importantes flujos migratorios, en las ciudades de frontera. En particular, había tasas altas e inestables en todas las ciudades de más de 50 mil habitantes con paso de frontera en el norte del país, y había tasas mucho más altas que las del resto del territorio en la cuenca occidental del río Balsas, entre Guerrero y Michoacán, y en la parte más alta de la Sierra Madre Occidental, en los límites de Sinaloa, Chihuahua y Durango.

Me encuentro ahora con nuevos números, los que corresponden a 2008 y 2009, de la misma fuente, las actas de defunción capturadas por el INEGI. Y me siento obligado a completar aquel panorama con este otro, aunque el análisis sea todavía tentativo y en algunos extremos difícil de argumentar.

Aquella historia, la de las dos décadas mal contadas del cambio de siglo, podía explicarse en buena medida a partir de factores estructurales: el ritmo de crecimiento de la población, la estructura productiva, el sistema de comunicaciones, la configuración del tráfico fronterizo. No sucede lo mismo con estos dos últimos años: el movimiento es demasiado brusco y muy general, y por eso parece pedir una explicación coyuntural. Pero vayamos por partes. Y comencemos por el perfil de la tasa nacional de homicidios (véase gráfica 1).

El movimiento de los últimos dos años, 2008 y 2009, es absolutamente improbable: rompe con una tendencia sostenida de 20 años, pero rompe con ella además de un modo violentísimo. En dos años la tasa nacional vuelve a los niveles de 1991. Sube un 50% en 2008, y de nuevo 50% en 2009. Eso significa que el tipo de factores que podrían explicar el primer movimiento, ese descenso lento y sostenido de 20

años, no puede servir para explicar el súbito incremento del final del periodo. Vale la pena, para hacernos una idea más clara de lo que significa el cambio, verlo en números absolutos (gráfica 2).

En 2008 hubo cinco mil 500 homicidios más que en 2007, y en 2009 hubo cinco mil 800 más que en 2008 y tres mil más que en 1992. Es decir, que 2009 fue, con mucha diferencia, el año con un mayor número de homicidios de nuestra historia reciente. Es obvio, a la vista de los números, que el cambio de tendencia ocurre en el segundo año del gobierno del presidente Calderón y no antes; hay, en números absolutos, un ligero incremento en 2005 y 2006, unos 500 casos más cada año, pero el volumen general es consistente con la tendencia histórica. Lo que ocurre después es muy distinto.

La explicación oficial, y la que suscriben prácticamente todos los medios de comunicación, es que la violencia de los últimos años se explica por la competencia entre organizaciones de contrabandistas de droga, que se matan entre sí en el intento por controlar las rutas de tránsito hacia Estados Unidos o el mercado nacional de drogas. No me convence. Mejor dicho: no me basta como explicación. Sin duda existe esa lucha entre contrabandistas y sin duda ocasiona muchas muertes, pero me cuesta trabajo pensar que explique el movimiento de la tasa nacional por completo. Para empezar, la cuenta de los asesinatos del "crimen organizado", según la llevan todos los periódicos, sumaba para 2009 alrededor de 22 mil casos; la cuenta de las actas de defunción para ese periodo, entre 2007 y 2009, suma algo más de 43 mil casos. Aparte de eso está el hecho de que esas "guerras" entre contrabandistas han existido siempre, en el pasado reciente y algunas incluso son "estadísticamente visibles", por decirlo así, como la de Nuevo Laredo entre 2005 y 2006. No son una novedad, como sí lo es el cambio de tendencia de la tasa nacional de homicidios.

La guerra contra las drogas, contra el narcotráfico, contra el crimen organizado o como se le quiera llamar es desde luego el rasgo definitorio del sexenio de Felipe Calderón. Y si hacemos caso a lo que dice la prensa, la competencia entre contra-

bandistas parece ser particularmente aguda en los años recientes. Pero pretender que todo se refiera al "narco", a los pleitos entre la Tuta, el Chapo y el Barbas, parece un poco exagerado, por decir lo menos. El lenguaje que hemos aprendido todos para hablar del tráfico de drogas es de una claridad engañosa. Todos hablamos del cártel, la plaza, la ruta, el lugarteniente, los sicarios, y nos hacemos la ilusión de que entendemos. Y es un relato tan simple, tan atractivo desde un punto de vista narrativo, que termina por ser irresistible: ¿mataron a un alcalde? Fue el crimen organizado, que se pelea por la plaza. ¿Mataron a un candidato a gobernador? Fue el crimen organizado, que se pelea por la plaza. ¿Un atentado contra el ejército, contra la policía federal? El crimen organizado, peleando por la plaza. ¿Fue en una fiesta, en un centro de rehabilitación, en una brecha en la sierra de Durango, en la Montaña de Guerrero? El crimen organizado, la plaza. ¿Ciudad Juárez, Apatzingán, Teloloapan, Tantoyuca, Huejutla, Zacualpan de Amilpas? El crimen organizado, la plaza. ¿Cien muertos, mil, 10 mil, 20 mil, 40 mil? El crimen organizado, la ruta, la plaza.

Anoto una primera hipótesis. Para entender lo que viene sucediendo en los últimos años habría que admitir la posibilidad de que haya otros actores que recurren también a la violencia, y no sólo los contrabandistas de drogas. Dicho de otro modo, una parte de las víctimas serán contrabandistas y pandilleros, una parte de los victimarios serán también contrabandistas y pandilleros, pero hay en el país muchos otros actores armados que en los últimos años también han adoptado una estrategia violenta, por el motivo que sea. Y habría que tratar de entender ese motivo, por supuesto.

Sigamos con los números. La distribución territorial de los homicidios nunca ha sido homogénea: hay regiones tradicionalmente violentas, regiones tradicionalmente pacíficas. El estado de Yucatán, por ejemplo, tiene siempre tasas de homicidios muy inferiores a las del resto del país. Los estados de Michoacán y Guerrero, en cambio, tienden a tener tasas altas, lo mismo que la sierra de Sinaloa y Durango. En general, en los últimos 20 años la violencia tendió a desplazarse del centro y sur

hacia el oeste, el noroeste y la frontera con Estados Unidos. En 2008 y 2009 se confirma esa tendencia e incluso se acentúa la concentración: el porcentaje de homicidios que corresponde a la frontera y el noroeste aumenta considerablemente.

Si se consideran en conjunto los homicidios de 2008 y 2009, hay nueve estados cuyo peso en el total de homicidios del país excede a su peso demográfico en el periodo: Baja California, Chihuahua, Durango, Guerrero, Michoacán, Nayarit, Oaxaca, Sinaloa y Sonora. Significa, obviamente, que su tasa de homicidios es superior a la media nacional. En algunos casos la diferencia es pequeña: Oaxaca, con el 3.3% de la población del país registra el 3.5% de los homicidios; Nayarit, con el 0.9% de la población registra el 1% de los homicidios; Sonora, con 2.3% de la población suma el 2.9% de los homicidios. En los demás casos la diferencia es muy apreciable, en particular en Chihuahua, que con el 3% de la población del país registra más del 18% de los homicidios, también en Baja California, Sinaloa, Durango y Guerrero (véase gráfica 3).

Ahora bien, esa concentración territorial, que es apreciable en los últimos 10 años, ha ido aumentando a un ritmo muy acelerado. Para que se pueda apreciar mejor pongo en comparación dos periodos de dos años: 2006-2007 y 2008-2009. En el primer periodo ese conjunto de estados, con algo más del 20% de la población del país, da cuenta del 41% de los homicidios; en el segundo periodo, con el mismo peso demográfico, registra el 57.3% de los homicidios. Es decir, que aumenta más de 40%. No sólo eso, sino que entre ellos aumenta el peso relativo de Baja California, Chihuahua, Durango, Guerrero y Sinaloa, y disminuye el de Nayarit y Sonora y, sobre todo, el de Michoacán y Oaxaca (véase gráfica 4). Es decir, que la violencia está muy concentrada y se ha ido concentrando más todavía: hay un muy pequeño número de estados, cuatro o cinco, que son considerablemente más violentos que el resto del país. Y ésos vienen siendo cada vez más violentos en los años recientes.

Más todavía: en los estados que concentran el mayor porcentaje de homicidios en los últimos años, éstos están concentrados en dos municipios. En Chihuahua, con un 40% de la población del estado, Ciudad Juárez registra el 65% de los homicidios; en Baja California, con la mitad de la población, Tijuana da cuenta del 72% de los homicidios. Tijuana casi siempre ha sido relativamente más violenta que el resto de Baja California, pero sólo en los últimos dos años ha llegado a concentrar más del 70% de los homicidios del estado (véase gráfica 5).

Ciudad Juárez, en cambio, era en los primeros años del periodo mucho más pacífica que el resto del estado de Chihuahua: con un 30% de la población, registraba apenas entre el 12% y el 15% de los homicidios del estado. Su peso relativo en la cuenta de homicidios fue creciendo sistemáticamente a partir de 1993, hasta igualar su peso demográfico, pero se disparó sólo en 2008 y 2009 (véase gráfica 6). Dicho de otro modo: Tijuana y Juárez son acaso las ciudades más violentas de los últimos 10 años, pero nunca habían tenido ni remotamente las tasas de homicidios de 2008 y 2009.

En resumidas cuentas, la violencia de los últimos años está muy concentrada en algunos estados y en algunos municipios de esos estados. Y en esos municipios, que aportan un número desproporcionado de víctimas a la suma de homicidios del país, algo sucede en 2007 que tiene como consecuencia un aumento extraordinario en la cantidad de víctimas en los dos años siguientes. Nuevamente, hay que decir que la explicación tiene que referirse a un factor coyuntural, porque las características estructurales de Tijuana y Ciudad Juárez no cambian drásticamente de un año para otro.

Es obvio que son los años en que la "guerra" contra el crimen organizado adquiere mayor intensidad y hay más asesinatos espectaculares, masacres, atentados, enfrentamientos con las fuerzas de seguridad; son los años en que, según lo que parece, aumentan los conflictos entre diferentes grupos de contrabandistas, pandilleros y

vendedores de droga. Ahora bien: eso, la guerra contra el narcotráfico o como se le quiera llamar, es el contexto, no la explicación. Y desde luego no la explicación completa.

Miremos de nuevo el conjunto. La concentración territorial de los homicidios es seguramente el rasgo más notable, y sin duda refleja, en parte, la política de combate a la delincuencia. Sólo en parte. En 2009 hubo 16 de los 32 estados con una tasa de homicidios inferior a 10 por cada 100 mil habitantes, es decir, cercana a la más baja tasa nacional de los tiempos recientes; entre ellos, por supuesto, estuvo Yucatán, con una tasa de 1.9, también Querétaro (5.1), Aguascalientes (5.8), Hidalgo (5.9), Baja California Sur (6.01), Puebla (6.2), Campeche (7.2), Tlaxcala (7.3), San Luis Potosí (8.4), Tabasco (8.4), Zacatecas (9.3), Guanajuato (9.7), Veracruz (9.5) y Jalisco (9.7), pero también dos estados que cualquiera ubicaría en la línea de fuego en la guerra contra el crimen organizado: Nuevo León, con una tasa de 7.6 homicidios por cada 100 mil habitantes, y Tamaulipas, con una tasa de 9.8.

En ambos casos, Nuevo León y Tamaulipas, se trata de estados cuya tasa de homicidios ha sido tradicionalmente muy inferior a la nacional. Y en los dos la tendencia de los últimos años resulta preocupante, aunque estén muy lejos de las cifras de Chihuahua, Baja California o Sinaloa. Volveremos a ello. También es preocupante la evolución de Jalisco, Guanajuato, Zacatecas y Veracruz.

En conjunto, los estados con tasa inferior a 10 homicidios por cada 100 mil habitantes reúnen al 42% de la población del país y concentran alrededor del 18% de los homicidios de los últimos dos años. En otras palabras, casi la mitad de la población del país vive en territorios en que la tasa de homicidios está cerca del mínimo histórico para México.

En otros ocho estados la tasa estuvo entre 10 y 18 homicidios por cada 100 mil habitantes, es decir, por encima de ese mínimo histórico, pero por debajo de la tasa nacional de ese año. Y de nuevo, la distribución refleja sólo en parte la guerra contra

el crimen. Entre esos estados, digamos de tasa media, están Colima (10.1), Quintana Roo (10.7), el Distrito Federal (11.08), Chiapas (11.4), Estado de México (12.5), Morelos (15.4) y Oaxaca (16.8), pero también Coahuila (10.3), que ha estado con frecuencia en el centro de las noticias en los años recientes, con masacres y operativos del ejército.

Finalmente, hay ocho estados cuyas tasas están por encima del 18, es decir, estados con un índice de violencia superior al resto del país. Y en este extremo casi no hay sorpresas. Están Nayarit (20.1), Sonora (22.8), Michoacán (23.6), Baja California (48.3), Sinaloa (53.3), Guerrero (59.0), Durango (66.6) y Chihuahua (108.5).

Esa distribución territorial dice muchas cosas. De momento me interesa sobre todo anotar una: la geografía del narco, del contrabando y la venta de drogas, la geografía de las pandillas, de las venganzas, las rutas y las plazas no parece ser la geografía de la violencia en el país. Porque hay mercados extraordinariamente atractivos, como el del Distrito Federal o el de Puebla, puertos de entrada muy factibles, como Progreso, en Yucatán, donde no ha habido esa violencia. Vuelvo a mi primera conjetura: hay otros actores armados que recurren a la violencia en los años recientes, hay otras lógicas en juego.

Si miramos la tendencia, y no sólo la tasa, el panorama sigue presentando fuertes contrastes, pero es notable que prácticamente en todos los estados, de hecho en todos menos en Yucatán, hay un incremento en la tasa de homicidios. En algunos casos es apenas perceptible, en otros resulta escandaloso, pero en casi todos el cambio de tendencia se da precisamente en 2008. Para apreciar la tendencia tomando en cuenta ese quiebre construyo de nuevo tasas para periodos de dos años: 2006-2007, que corresponde al mínimo histórico en la tasa nacional, y 2008-2009, que corresponde al nuevo panorama (véase tabla).

Seguramente lo que más llama la atención, en un primer vistazo, es que la variación sea tan pequeña en Michoacán y Tamaulipas, donde sabemos que está la primera línea del frente en la guerra de los últimos años. Es porque en ambos casos hubo en 2006 una tasa anormalmente alta y en los dos también una reducción notable en 2007, de modo que el promedio resulta algo engañoso. Es parte de la historia que habrá que referir más abajo, con más detalle. Llama la atención también la magnitud del cambio en estados que se antojan relativamente pacíficos, como Aguascalientes o Hidalgo. El problema es el inverso: los dos tienen tasas muy bajas y un reducido número de homicidios, de modo que un cambio menor en términos absolutos tiene un impacto considerable en la tasa; en Aguascalientes la variación refleja el salto de 68 a 129 homicidios, números muy pequeños si se comparan con los de casi cualquier otro estado, y en Hidalgo el salto es de 117 a 252 homicidios entre un periodo y otro.

Insisto en el dato más obvio que ofrece la tabla: la tasa aumenta en todos los estados del país. En los más ricos y en los más pobres; en el norte y el occidente, también en el centro, el sur, el Golfo y el sureste; en los más densamente urbanos, como Nuevo León, y en los de población más dispersa, como Oaxaca o Chiapas. No todo son venganzas de pandilleros, no todo es la guerra contra el narco, pero hay algo que sí es general en la lógica, porque hay un momento de quiebre indudable en 2008. Es una de las cosas que hay que explicar. Y no basta con el pleito entre el Chapo, la Tuta y el Barbas.

Si nos fijamos en los estados con tasas relativamente más altas, la variación sí parece dibujar un perfil reconocible. Con un incremento de más de 60% en la tasa de homicidios entre los dos momentos hay 13 estados: Aguascalientes, Guanajuato, Hidalgo y Coahuila tienen tasas relativamente bajas, de menos de 10 por 100 mil habitantes en el segundo periodo; los demás son casi todos los estados de la guerra contra el narco, los estados en que se realizaron los primeros “operativos conjuntos” y donde se desplegó el ejército para ocuparse de la seguridad pública: Baja California, Chihuahua, Durango, Guerrero, Nayarit, Sinaloa y Sonora. Sólo quedan

desajustados, en ese esquema, Morelos, con una tasa relativamente alta, de 14 homicidios por cada 100 mil habitantes, y una variación de 77% entre ambos periodos, pero sin despliegue del ejército equiparable al de los estados de la frontera, el noroeste o la costa del Pacífico en 2007, y quedan también fuera de lugar Michoacán y Tamaulipas, de los que hice ya mención.

Sigamos la pista a la conjetura que parece bosquejarse a partir de esos datos. Veamos la evolución de la tasa en los estados en los que hubo operativos conjuntos en 2007 y 2008, despliegue de tropas y presencia más o menos regular, permanente, del ejército, encargado de las tareas de seguridad.

El primer despliegue importante, como se sabe, se dio en Michoacán, en diciembre de 2006. A continuación, en 2007, se amplió la estrategia a otros estados, con el Operativo Baja California, centrado en Tijuana, el Operativo Chihuahua, el Operativo Culiacán-Navolato, en Sinaloa, el Operativo Sierra Madre, en Sinaloa y Durango, el Operativo Nuevo León-Tamaulipas, y el Operativo Guerrero. Para tener una imagen de conjunto he agrupado a esos estados en que hubo operativos conjuntos y comparo su evolución con la del resto del país (véase gráfica 7).

La imagen es desconcertante. Es obvio que se trata de un conjunto de estados relativamente más violentos que el resto del país, al menos de 1990 en adelante, aunque sabemos que ha habido cambios en ese periodo, que en los primeros años tenían tasas mucho más altas Guerrero y Michoacán, y en los años recientes están muy por arriba las de Chihuahua y Baja California. Es claro que hay, para ese grupo de estados, un incremento de la tasa de homicidios en el año 2006, que acaso fue lo que justificó el despliegue del ejército, y es igualmente claro que hubo una disminución muy apreciable de la tasa en el primer año del operativo, en 2007. En el resto del país no hay ese movimiento. De hecho, no es tampoco un movimiento uniforme para el conjunto de estados: sucede tan sólo en Nuevo Laredo, en Tamaulipas, en unos cuantos municipios de la sierra de Chihuahua, y en algunas regiones de Michoacán y Guerrero. El problema, obviamente, es lo que sucede después, en

2008 y 2009. Sigue el ejército patrullando Tijuana y Ciudad Juárez y el resto de Chihuahua, sigue desplegado en Guerrero, Michoacán, Sinaloa, Nuevo León y Tamaulipas, y la tasa de homicidios para ese conjunto de estados se dispara: no sólo viene a ser mucho más alta que la del resto del país, sino que alcanza un máximo histórico, casi del doble de lo que fue en el año de mayor violencia en el periodo, hace 18 años.

La explicación que suele ofrecerse es que los delincuentes cambian su forma de actuar cuando se les presiona: adoptan estrategias predatorias, aumentan su agresividad y extienden sus zonas de actuación, atacan directamente a las fuerzas de seguridad y también se matan entre sí, en una escalada que resulta difícil de detener. El patrón de los enfrentamientos de que da cuenta la Secretaría de la Defensa Nacional en comunicados de prensa sugiere eso: son cada vez más frecuentes, conforme pasa el tiempo, e implican a un número cada vez mayor de atacantes y de víctimas (véase recuadro). Para ubicarnos, en términos absolutos: la Secretaría de la Defensa Nacional informó a la Cámara de Diputados que entre 2007 y agosto de 2010 habían muerto en enfrentamientos con el ejército 656 civiles. El número crece año con año.

Para confirmar la idea agrupo otro conjunto de estados en los que hubo también despliegue del ejército aunque en menor escala en 2007 y 2008: Coahuila, Jalisco, Nayarit, Sonora y Veracruz, y comparo la evolución de su tasa con la del resto del país, descontando el grupo de estados de la gráfica anterior, obviamente (véase gráfica 8).

Las diferencias con el otro grupo de estados son muy obvias. Para empezar, éstos son mucho menos violentos. Menos que el conjunto formado por Michoacán, Guerrero, Sinaloa, etcétera, pero menos que el resto del país también; de todos ellos, sólo Nayarit tiene tasas superiores a la nacional de modo sistemático. Por otra parte, no hay para el conjunto ese aumento del número de homicidios en 2006 ni

en 2007. Igualmente, salta a la vista una coincidencia: como sucedía en la gráfica anterior, la tasa se dispara a partir de la fecha del despliegue del ejército y se sitúa por encima de la del resto del país por primera vez en 20 años.

Lo repito: se nos ha explicado de varios modos que el aumento de la violencia es indicio de que la estrategia de combate contra la delincuencia es la correcta. A la vista de los números, es una idea un poco extraña. Vale la pena mirarlos con más detenimiento.

Veamos, en primer lugar, la evolución de la tasa nacional y la del estado de Chihuahua, hasta 2009 (véase gráfica 9).

El ejército comenzó a patrullar Ciudad Juárez el 28 de marzo de 2007. A continuación, se desplegó en el resto del estado. El año anterior al operativo la tasa de homicidios en Chihua-hua había sido de 19.6 por cada 100 mil habitantes, en 2007 fue de 14.4, en 2008 de 75.2 y en 2009 de 108.5 por cada 100 mil habitantes. Es difícil de explicar, sobre todo porque el salto se da en todas las regiones del estado (véanse gráficas 10 y 11).

La zona limítrofe con Sinaloa, en la Sierra Madre Occidental, es tradicionalmente la de tasas de homicidios más altas del estado; la forman los municipios de Batopilas, Chínipas, Carichí, Guadalupe y Calvo, Guachochi, Guazapares, Bocoyna, Morelos y Urique. Es una región muy mal comunicada y con una enorme dispersión de población, que desde hace décadas ha sido territorio de producción de drogas. Una tasa de 60 homicidios por cada 100 mil habitantes es baja para sus estándares. Lo escandaloso es lo que sucede en todo el resto del estado, empezando por Ciudad Juárez: en todas las regiones hay un incremento espectacular, casi vertical, de la tasa en 2008 y 2009.

El movimiento de 2005 y 2006 en la región limítrofe con Sonora significa que se pasa de 41 y 42 homicidios los años anteriores a 57 y 59 casos; con incrementos en particular en los municipios de Nuevo Casas Grandes, Moris y Uriachi.

Para el caso de Chihuahua, región por región, la conclusión se impone sin lugar a dudas: el factor nuevo de 2007, común a todo el territorio del estado, que podría explicar el crecimiento explosivo del número de homicidios es la presencia del ejército, en el Operativo Conjunto Chihuahua. No es posible saber, con sólo la estadística, cuál sea el nexo causal, pero la correlación es obvia e indiscutible. En parte, el incremento de la violencia podría ser indicio del éxito de la estrategia, como se dice, podría ser indicio de que la presencia de fuerzas federales ha ocasionado un recrudecimiento de la lucha entre pandillas y contrabandistas, podría ser también consecuencia de decisiones concretas, como ha sugerido Eduardo Guerrero, podría ser todo lo anterior u otra cosa. Cualquiera que sea la explicación, no podemos hacer caso omiso del dato, ni podemos obviarlo.

La historia de Sinaloa, tal como aparece en las gráficas, es casi punto por punto la de Chihuahua (véanse gráficas 12 y 13). Los operativos conjuntos comienzan en 2007 y ese año hay una disminución en el número de homicidios en Culiacán y en la sierra, en el nordeste del estado. Y lo mismo que en Chihuahua, hay un crecimiento espectacular de la tasa estatal en 2008 y 2009 en todo el territorio del estado.

Por su peso demográfico, Culiacán y Mazatlán condicionan en mucho el movimiento de la tasa estatal, aunque la región de mayor violencia sea tradicionalmente la sierra, esto es, los municipios de Badiraguato, Choix, Mocorito y Sinaloa. Como quiera, la tendencia a partir de 2007 es la misma en la costa y en la sierra, en el puerto, en la capital y en los municipios más aislados. Lo que más llama la atención en el caso de Sinaloa, aparte de los niveles que alcanza la tasa estatal, es el cambio de tendencia de la región norte; se trata de los municipios de Ahome, Angostura, El Fuerte, Guasave y Salvador Alvarado, que históricamente han tenido una tasa mu-

cho más baja, de la mitad, y mucho más estable que la del resto del estado. En estos últimos años deja de ser excepcional y sigue el comportamiento de las otras regiones.

La evolución de Baja California y Durango es, fundamentalmente, igual a la de Chihuahua y Sinaloa (véase gráfica 14). El incremento en el número de homicidios en los últimos dos años del periodo es casi vertical, y en ambos casos la tasa de 2009 está muy por encima de su máximo histórico. En Baja California, la tasa de Tijuana, Tecate y Playas de Rosarito es siempre muy superior a la de Mexicali y Ensenada, en Durango todas las regiones tienen un movimiento similar. Hay un único factor común a ambos estados en esos años y es la "guerra contra el crimen organizado"; estamos lejos de poder explicar un nexo causal entre una cosa y otra, pero la correlación es absolutamente obvia.

He puesto en una gráfica aparte a Nuevo León y Tamaulipas porque su tasa es siempre notablemente inferior a las del resto de los estados del grupo y su evolución es distinta (véase gráfica 15). En Tamaulipas, con movimientos más o menos bruscos, hay una tendencia a la baja entre 1992 y 2004, aproximadamente, después un rápido incremento en 2005 y 2006, nueva disminución, y nuevo incremento en 2008 y 2009; el cambio repentino de 2005 y 2006 está absolutamente localizado en Nuevo Laredo. En Nuevo León, en cambio, con una de las tasas más bajas del país desde hace mucho, tiende a aumentar el número de homicidios a partir de 2003.

En ambos estados la tasa sigue estando muy por debajo de la media nacional. En ambos aumenta en los años posteriores a los operativos conjuntos. Sin embargo, el perfil parece ser distinto de los de Sinaloa, Chihuahua, Baja California o Durango. Como quiera, las noticias de los últimos meses y el registro de enfrentameintos del ejército durante 2010 sugieren que la situación podría haber empeorado mucho.

Las gráficas 16 y 17 son sólo para mostrar que hay otras evoluciones posibles en el país, que no todos los estados siguen la misma tendencia estos últimos dos años. Entre los de tasa muy baja, en Yucatán continúa la tendencia de 20 años y continúa disminuyendo el número de homicidios, de manera consistente; Baja California Sur, Campeche y Puebla registran un pequeño incremento en 2008 y 2009, pero su tasa sigue fundamentalmente estable, alrededor del 7. Entre los estados de tasa media, aumenta un poco en Colima y Quintana Roo, pero sigue estando lejos de su máximo histórico; en Chiapas hay un incremento súbito y notable en 2008 y 2009, pero con una tasa que registra movimientos muy erráticos en las últimas dos décadas; Oaxaca, finalmente, después de un pequeño incremento en 2008, mantiene la tendencia descendente de los 20 años anteriores y por primera vez desde que tenemos registro tiene una tasa de homicidios inferior a la nacional.

En los estados del noroeste donde ha habido operativos conjuntos de "alto impacto", es decir, Baja California, Chihua-hua, Durango y Sinaloa, la tasa de homicidios se dispara, en línea prácticamente vertical, a partir del segundo año de los operativos. Reunidos suman a poco más del 10% de la población, registran un 38% de los homicidios de 2009.

El otro espacio importante para establecer el perfil del homicidio en México, un espacio geográfica, económica y demográficamente muy distinto, es el litoral del Pacífico en el centro y sur, y concretamente los estados de Michoacán y Guerrero.

Michoacán es acaso el estado que mejor sirve para ilustrar el proceso de los últimos años (véanse gráficas 18 y 19). En 2006 hay un incremento notable de la tasa de homicidios, que explica seguramente el primer operativo militar del gobierno del presidente Calderón. Y es un operativo exitoso en el primer año, en lo que se refiere a la tasa de homicidios, que baja dramáticamente. Ahora bien: el aumento del número de homicidios en 2006 está claramente localizado en la cuenca occidental del río Balsas, en las regiones de Tierra Caliente, Tepalcatepec y Costa, que son desde hace tiempo las más violentas del estado; en ese año de 2006 en esas tres regiones se regis-

tró el 47% de los homicidios del estado.

¿Y qué sucede entonces? En 2008 y 2009 la tasa vuelve a subir en la cuenca del Balsas y vuelve a subir en el estado de Michoacán: primero, de 13 a 16, y de ahí a 23 homicidios por cada 100 mil habitantes. Me interesa señalar que la "crisis de inseguridad" de 2006 no es de todo el estado de Michoacán. Aumenta el número de homicidios en parte de la cuenca del Balsas, también sensiblemente en la región Purépecha, en la de Lerma-Chapala y Pátzcuaro-Zirahuén, pero no en Infiernillo (en la cuenca del Balsas) ni en las regiones de Oriente (alrededores de Zitácuaro) o Cuitzeo (alrededores de Morelia).

ENTRADAS RELACIONADAS

Presentación de La Otra-Gaceta 49

Firmas de la Carta contra la violencia

Cuando la poesía protestó en las calles

Gonzalo Rojas. Despedida fúnebre

por Gonzalo Rojas

Jaime Quezada nos hace partícipes de su texto leído en la ceremonia de despedida de Gonzalo Rojas, en su Chile natal, pero recordando la sentencia del propio Gonzalo: “No me moriré del todo”.

Jaime Quezada

Jaime Quezada
“VUELVO A MI ORIGEN, VOY HACIA MI ORIGEN”

Texto leído en la Ceremonia Fúnebre de Despedida
al poeta Gonzalo Rojas
Museo Nacional de Bellas Artes.
Santiago de Chile, Miércoles 27 de Abril, y 2011.

¿Dónde andará el que dijo *La miseria del hombre* hace más de 63 años, en Valparaíso? Siempre lo dijo este Gonzalo que ella, la Poesía, es más grande que todos nosotros: La realidad detrás de la realidad, pero desde el relámpago.

En este otoño, otoño o mediodía de abril 2011, y en este tan ilustre-espacio, representativo de las bellas artes y la cultura de Chile, me es dado decir unas palabras ante el túmulo de Gonzalo Rojas, nuestro poeta necesario. “No hubiera soñado este privilegio en un minuto tan aciago para las letras de nuestro Chile y de nuestra América, y para la lengua toda”.

Desde la publicación misma de *Contra la muerte* (1964), uno de sus libros visionarios, Gonzalo Rojas —nuestro poeta en las alturas mayores de la poesía iberoamericana de hoy — marcó de inmediato un hito de trascendencia en el proceso poético chileno del siglo veinte. Puso en vigencia y proyección a un autor que desde entonces, y aun antes, había adquirido un compromiso de vida y de conducta con el oficio intenso de la poesía: aire en su invención alucinadora y creadora, pero también en su realidad viva, en el instante terrible y ardiente de cada cosa.

Todavía anda en nosotros ese aire libérrimo motivadoramente en el "somos escritores de Chile y no hay título mayor para nosotros que ése", al inaugurar aquellos lúcidos, plurales, críticos y dialogantes encuentros de escritores nacionales e internacionales en la Universidad de Concepción –nuestra Universidad- en la década intensa del sesenta. Escritores ante el espejo lúcido de su oficio y ante el otro espejo doloroso, el de su pueblo: compromiso y responsabilidad, decía, cuando no llegamos a las médulas del hambre".

Y todavía más: "Hemos venido a aprender mucho más que a enseñar. (que acaso eso fue por siempre también su acción y su lema permanente en la transparencia del rigor y el vaticinio, por que eso, lo permanente, en el decir de Hölderlin "lo fundan los poetas".) A aprender los unos de los otros, como bien dijo Gonzalo, en este diálogo que seguirá resonando mucho tiempo no sólo en un salón de honor, sino en el país todo y en una América toda..." Fue su cátedra abierta y educativa siempre, en el aula y más allá del aula, en su alma Mater ejemplar y ejemplarizadora.

Nunca, ni por pienso, descuidó su viva y dialogante relación con los escritores todos de Chile, y con los jóvenes de entonces y con los jóvenes de ahora. Y desde muy temprano en la organización misma de la Sociedad de Escritores de Chile, que tengo esta mañana la honra de representar aquí con duelo profundo, institución de la cual formó parte activa nuestro Gonzalo ya cumpliendo tareas como Secretario General en su directorio, ya dejando su roba tiempo o su roba noche para las publicaciones de la revista de la Sech o de las célebres ediciones Alerce, ya en sus afanes y de

manera esencial en aquel otro memorable Encuentro Latinoamericano de Escritores de agosto de 1969 en los Santiagos de Chile, en los Valparaíso y en los Viña del Mar. Ahí el compromiso del escritor y la función de la literatura. Ahí nuestro Gonzalo en su Concepción también con su cabeza abierta y pensante. Tareas muchas que la Sociedad de Escritores de Chile ("algo hicimos con lucidez y con coraje") principal y eternamente.... le agradece.

Y pensando siempre en las nuevas generaciones, en los jóvenes poetas por venir: "Si estuviera en mí sembraría Chile y América de talleres y más talleres, de escritores y artistas a lo largo y a lo oscuro de sus parajes humanos más diversos, en una suerte de ejercicio con la realidad más ardiente y dolorosa". Así, en nuestro Gonzalo Rojas, la literatura antes de ser un fenómeno estético era también un instrumento de construcción de nuestra América en el diálogo, en la lectura, en el libro, es decir, en el ejercicio creativo.

No en vano, y muy suyas, son esas palabras amadas en el esdrujulamiento y lo sensitivo del *rehallazgo*, del *zumbido*, del *relámpago*, materia y fundamento de su escritura: "Y voy volando en ellas, y hasta me enciendo en ellas todavía. Las toco, las huelo, las beso a las palabras, las descubro y son mías". Prodigio y vivacidad y transfiguración. Escritura, en consecuencia, iluminada e iluminadora desde el origen, tuétano adentro, en su Dios, en su eros, en su quejumbre y, en definitiva, en su estallido de mundo: sentido y sonido.

Así, *La miseria del hombre*, su libro hito y primero de 1948, será el inicio, con más o menos plazos, de una veintena de otros que enriquecerán, sin ego posible, su cada vez más admirativa y portentosa escritura poética, aun reconociendo que siempre se estará escribiendo el mismo libro, "libro viejo y libro nuevo al mismo tiempo".
De *La miseria del hombre* (1948) a *Contra la muerte* (1964), de *Oscuro* (1977) a *Del relámpago* (1981), de *Transtierro* (1979) al *Alumbrado* (1986), de *Materia de testamento* (1988) a *Réquien de la mariposa* (2001), y todo en un cauce incesante que va y viene en un llamear esa palabra sin impostura posible, revelando a un poe-

ta cada vez más crítico y congruente con su propia hondura, logrando visiones profundas de la existencia del hombre.
Porque la obra poética de Gonzalo Rojas, siempre tan vivencial y abismante, fundamenta y fija rigurosa, estética y armónicamente las vertientes temáticas de una escritura en su identidad y en su visión y que, a su vez, se irá proyectando de libro en libro, en su revelación de vida y de lenguaje. Además, lo resueltamente quevediano en el tratamiento del desenfado y del humor. O esa terca ironía, con su sátira y su farsa. A su vez, el amor-eros en toda su plena y exacta hermosura de qué se ama cuando se ama. O en la espiritualidad (lector atento de su Juan de la Cruz) de los sentidos o del arrobamiento en la dolencia de amor.

Entre estas vertientes o registros temáticos, Gonzalo Rojas nunca descuidó las circunstancias inmediatas en una poesía de transtierro (*pasarán estos años cuántos de viento sucio*) o de reflexión de lo humano-humano en las realidades y contingencias. La poesía como experiencia de vida, entonces, con sus "estrellas veloces y oscurísimas". Poesía fermental y vitalísima, sin duda. Y relampagueante y de respiro hondo. Para aprender a ver, a oler, a oír el mundo con su palabra, transida de ella: "No tengo otro negocio que estar aquí —escribe el poeta—, diciendo la verdad en mitad de la calle y hacia todos los vientos".

Recojo sus palabras, lecturas y relecturas diría, y las digo aquí como legado de reflexión, de conducta, de fidelidad y compromiso, de vida, y como pasión y búsqueda del absoluto de este Gonzalo Rojas en la literatura tan suya y en la historia tan de todos:

“No fui el hombre de la adhesión total y estuve lejos del sectario. Ni me instalé con negocio alguno en cuanto a ortodoxia. Al negocio preferí el ocio, como todos los poetas. Así y todo, luché contra la injusticia y creo haber colaborado en la construcción o la armazón de la Patria Grande. Por lo menos fui un testigo de mi pueblo y de mi tiempo. Alguna vez, allá por el 73 sombrío de los chilenos, pude haber des-

aparecido como tantos otros por orden de no sé quién, pero los dioses no lo permitieron. Alumbrado de mí, doy un salto hacia atrás y entro por un instante en el destello de la infancia. Lo que de veras amas, no te será arrebatado".

Hablo en este instante –dije- en nombre de mis compañeros escritores. Hablo como muchos otros hablarían, y con menos títulos que muchos, en virtud de ese amor que Gonzalo Rojas nos diera y que tuvo eco en tantos. Le agradecemos, sencillamente, su gran amor y la grandeza que trajo a nuestra literatura. *¿Qué se espera de la Poesía sino que haga más vivo el vivir?*

Ya todo estaba en la vislumbradora escritura de Gonzalo Rojas: "*Non omnis moriar*: no me moriré del todo, viejo Horacio querido. Pero me moriré como la abeja, la pobre abeja que zumba y que ilumina".

Pero en verdad, también, el muy querido y amado Gonzalo, no nos deja. ¡Cómo podría dejarnos quien nos dio tanto! Está con nosotros y estará con estas y futuras generaciones. Su palabra poética "modificó nuestro idioma y cambió el orden de nuestro corazón".

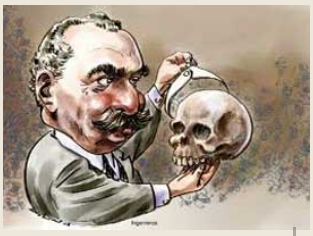
Vuelvo a mi origen, voy hacia mi origen, no me espera
nadie allá, voy corriendo a la materna hondura
donde termina el hueso, me voy a mi semilla,
porque está escrito que esto se cumpla en las estrellas.

*

Galería Gonzalo Rojas. Fotos: Pascual Borzelli

Material audiovisual disponible en la edición web.

La envidia. José Ingenieros



Nada más oportuno que este capítulo de “El hombre mediocre” para reconocer la ponzoña que envenena el pensamiento y el espíritu de buen número de artistas y literatos. ¿Quién se identifica?

CAPÍTULO V: LA ENVIDIA

1.- La Pasión de los Mediocres

La envidia es una adoración de los hombres por las sombras, del mérito por la mediocridad. Es el rubor de la mejilla sonoramente abofeteada por la gloria ajena. Es el grillete que arrastran los fracasados. Es el acíbar que paladean los impotentes. Es un venenoso humor que mana de las heridas abiertas por el desengaño de la insignificancia propia. Por sus horcas caudinas pasan, tarde o temprano, los que viven esclavos de la vanidad: desfilan lívidos de angustia, torvos, avergonzados de su propia tristura, sin sospechar que su ladrido envuelve una consagración inequívoca del mérito ajeno. La inextinguible hostilidad de los necios fue siempre el pedestal de un monumento.

Es la más innoble de las torpes lacras que afean a los caracteres vulgares. El que envidia se rebaja sin saberlo, se confiesa subalterno; esta pasión es el estigma psicológico de una humillante inferioridad, sentida, reconocida. No basta ser inferior para envidiar, pues todo hombre lo es de alguien en algún sentido; es necesario sufrir del bien ajeno, de la dicha ajena, de cualquiera culminación ajena. En ese sufrimiento está el núcleo moral de la envidia: muerde el corazón como un ácido, lo carcome como una polilla, lo corroe como la herrumbre al metal.

Entre las malas pasiones ninguna la aventaja. Plutarco decía —y lo repite La Rochefoucauld— que existen almas corrompidas hasta jactarse de vicios infames; pero ninguna ha tenido el coraje de confesarse envidiosa. Reconocer la propia envidia

implicaría, a la vez, declararse inferior al envidiado; trátase de pasión tan abominable, y tan universalmente detestada, que avergüenza al más impúdico y se hace lo indecible por ocultarla.

Sorprende que los psicólogos la olviden en sus estudios sobre las pasiones, limitándose a mencionarla como un caso particular de los celos. Fue siempre tanta su difusión y su virulencia, que ya la mitología grecolatina le atribuye origen sobrehumano, haciéndola nacer de las tinieblas nocturnas. El mito le asigna cara de vieja horriblemente flaca y exangüe, cubierta de cabeza de víboras en vez de cabellos. Su mirada es hosca y los ojos hundidos; los dientes negros y la lengua untada con tósigos fatales; con una mano ase ,tres serpientes, y con la otra una hidra o una tea; incuba en su seno un monstruoso reptil que la devora continuamente y le instila su veneno; está agitada; no ríe; el sueño nunca cierra los párpados sobre sus ojos irritados. Todo suceso feliz le aflige o atiza su congoja; destinada a sufrir, es el verdugo implacable de sí misma.

Es pasión traidora y propicia a las hipocresías. Es al odio como la ganzúa a la espada; la emplean los que no pueden competir con los envidiados. En los ímpetus del odio puede palpitar el gesto de la garra que en un desesperado estremecimiento destroza y aniquila; en la subrepticia reptación de la envidia sólo se percibe el arrastramiento tímido del que busca morder el talón.

Teofrasto creyó que la envidia se confunde con el odio o nace de él, opinión ya enunciada por Aristóteles, su maestro. Plutarco abordó la cuestión, preocupándose de establecer diferencias entre las dos pasiones (Obras morales, II). Dice que a primera vista se confunden; parecen brotar de la maldad, y cuando se asocian tórnanse más fuertes, como las enfermedades que se complican. Ambas sufren del bien y gustan del mal ajeno; pero esta semejanza no basta para confundirlas, si atendemos a sus diferencias. Sólo se odia lo que se cree malo o nocivo; en cambio, toda prosperidad excita la envidia, como cualquier resplandor irrita los ojos enfermos. Se puede odiar a las cosas y a los animales; sólo se puede envidiar a los hombres. El odio pue-

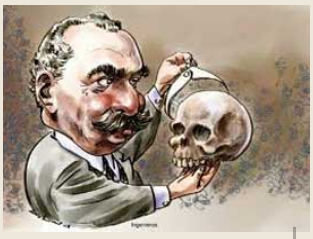
de ser justo, motivado; la envidia es siempre injusta, pues la prosperidad no daña a nadie. Estas dos pasiones, como plantas de una misma especie, se nutren y fortifican por causas equivalentes: se odia más a los más perversos y se envidia más a los más meritorios. Por eso Temístocles decía, en su juventud, que aún no había realizado ningún acto brillante, porque todavía nadie le envidiaba. Así como las cantáridas prosperan sobre los trigales más rubios y los rosales más florecientes, la envidia alcanza a los hombres más famosos por su carácter y por su virtud. El odio no es desarmado por la buena o la mala fortuna; la envidia sí. Un sol que ilumina perpendicularmente desde el más alto punto del cielo reduce a nada o muy poco la sombra de los objetos que están debajo: así, observa Plutarco, el brillo de la gloria achica la sombra de la envidia y la hace desaparecer.

José Ingenieros

El odio que injuria y ofende es temible; la envidia que calla y conspira es repugnante. Algún libro admirable dice que ella es como las caries de los huesos; ese libro es la Biblia, casi de seguro, o debiera serlo. Las palabras más crueles que un insensato arroja a la cara no ofenden la centésima para de las que el envidioso va sembrando constantemente a la espalda; éste ignora las reacciones del odio y expresa su inquina tartajeando, incapaz de encresparse en ímpetus viriles: diríase que su boca está amargada por una hiel que no consigue arrojar ni tragar. Así como

el aceite apaga la cal y aviva él fuego, el bien recibido contiene el odio en los nobles espíritus y exaspera la envidia en los indignos. El envidioso es ingrato, como luminoso el sol, la nube opaca y la nieve fría: lo es naturalmente.
El odio es rectilíneo y no teme la verdad: la envidia es torcida y trabaja la mentira. Envidiando se sufre más que odiando: como esos tormentos enfermizos que tórnanse terroríficos de noche, amplificados por el horror de las tinieblas.

El odio puede hervir en los grandes corazones; puede ser justo y santo; lo es muchas veces, cuando quiere borrar la tiranía, la infamia, la indignidad. La envidia es de corazones pequeños. La conciencia del propio mérito suprime toda menguada villanía; el hombre que se siente superior no puede envidiar, ni envidia nunca el loco feliz que vive con delirio de las grandezas. Su odio está de pie y ataca de frente. César aniquiló a Pompeyo, sin rastrerías; Donatello venció con su «Cristo» al de Brunelleschi, sin abajamientos; Nietzsche fulminó a Wagner, sin envidiarlo. Así como la genialidad presiente la gloria y da a sus predestinados cierto ademán apocalíptico, la certidumbre de un oscuro porvenir vuelve miopes y reptiles a los mediocres. Por eso los hombres sin méritos siguen siendo envidiosos a pesar de los éxitos obtenidos por su sombra mundana, como si un remordimiento interior les gritara que los usurpan sin merecerlos. Esa conciencia de su mediocridad es un tormento; comprenden que sólo pueden permanecer en la cumbre impidiendo que otros lleguen hasta ellos y los descubran. La envidia es una defensa de las sombras contra los hombres.



Con los distingos enunciados, los clásicos aceptan el parentesco entre la envidia y el odio, sin confundir ambas pasiones. Conviene sutilizar el problema distinguiendo otras que se le parecen: la emulación y los celos.

La envidia, sin duda, arraiga como ellas en una tendencia efectiva, pero posee caracteres propios que permiten diferenciarla. Se envidia lo que otros ya tienen y se desearía tener, sintiendo que el propio es un deseo sin esperanza; se cela lo que ya se posee y se teme perder; se emula en pos de algo que otros también anhelan, teniendo la posibilidad de alcanzarlo.

Un ejemplo tomado en las fuentes más notorias ilustrará la cuestión. Envidiamos la mujer que el prójimo posee y nosotros deseamos, cuando sentimos la imposibilidad de disputársela. Celamos la mujer que nos pertenece, cuando juzgamos incierta su posesión y tememos que otro pueda compartirla o quitárnosla. Competimos sus favores en noble emulación, cuando vemos la posibilidad de conseguirlos en igualdad de condiciones con otro que a ellos aspira. La envidia nace, pues, del sentimiento de inferioridad respecto de su objeto; los celos derivan del sentimiento de posesión comprometido; la emulación surge del sentimiento de potencia que acompaña a toda noble afirmación de la personalidad.

Por deformación de la tendencia egoísta algunos hombres están naturalmente inclinados a envidiar a los que poseen tal superioridad por ellos anhelada en vano; la envidia es mayor cuando más imposible se considera la adquisición del bien codiciado. Es el reverso de la emulación; ésta es una fuerza propulsora y fecunda, siendo aquélla una rémora que traba y esteriliza los esfuerzos del envidioso. Bien lo comprendió Bartrina, en su admirable quintilla:

> La envidia y la emulación
> parientes dicen que son;
> aunque en todo diferentes

al fin también son parientes
el diamante y el carbón.

La emulación es siempre noble: el odio mismo puede serlo algunas veces. La envidia es una cobardía propia de los débiles, un odio impotente, una incapacidad manifiesta de competir o de odiar.

El talento, la belleza, la energía, quisieran verse reflejados en todas las cosas e intensificados en proyecciones innúmeras; la estulticia, la fealdad y la impotencia sufren tanto o más por el bien ajeno que por la propia desdicha. Por eso toda superioridad es admirativa y toda subyacencia es envidiosa. Admirar es sentirse creer en la emulación con los más grandes.

Un ideal preserva de la envidia. El que escucha ecos de voces proféticas al leer los escritos de los grandes pensadores; el que siente grabarse en su corazón, con caracteres profundos como cicatrices, su clamor visionario y divino; el que se extasía contemplando las supremas creaciones plásticas; el que goza de íntimos escalofríos frente a las obras maestras accesibles a sus sentidos, y se entrega a la vida que palpita en ellas, y se conmueve hasta cuajársele de lágrimas los ojos, y el corazón bullicioso se le arrebata en fiebre de emoción; ése tiene un noble espíritu y puede incubar el deseo de crear tan grandes cosas como las que sabe admirar. El que no se inmuta leyendo a Dante, mirando a Leonardo, oyendo a Beethoven, puede jurar que la Naturaleza no ha encendido en su cerebro la antorcha suprema, ni paseará jamás sin velos ante sus ojos miopes que no saben admirarla en las obras de los genios.

La emulación presume un afán de equivalencia, implica la posibilidad de un nivelamiento; saluda a los fuertes que van camino de la gloria, marchando ella también. Sólo el impotente, convicto y confeso, emponzoña su espíritu hostilizando la marcha de los que no puede seguir.

Toda la psicología de la envidia está sintetizada en una fábula, digna de incluirse en los libros de lectura infantil. Un ventrudo sapo graznaba en su pantano cuando vio resplandecer en lo más alto de las toscas a una luciérnaga. Pensó que ningún ser tenía derecho de lucir cualidades que él mismo no poseería jamás. Mortificado por su propia impotencia, saltó hasta ella y la cubrió con su vientre helado. La inocente luciérnaga osó preguntarle: ¿Por qué me tapas? Y el sapo, congestionado por la envidia, sólo acertó a interrogar a su vez: ¿Por qué brillas?

2.- Psicología de los Envidiosos

Siendo la envidia un culto involuntario del mérito, los envidiosos son, a pesar suyo, sus naturales sacerdotes.

El propio Hornero encarnó ya, en Tersites, al envidioso de los tiempos heroicos; como si sus lacras físicas fuesen exiguas para exponerlo al baldón eterno, en un simple verso nos da la línea sombría de su moral, diciéndolo enemigo de Aquiles y de Ulises: puede medirse por las excelencias de las personas que envidia.

Shakespeare trazó una silueta definitiva en su Yago feroz, almácigo de infamias y cobardías, capaz de todas las traiciones y de todas las falsedades. El envidioso pertenece a una especie moral raquítica, mezquina, digna de compasión o de desprecio. Sin coraje para ser asesino, se resigna a ser vil. Rebaja a los otros, desesperado de la propia elevación.

La familia ofrece variedades infinitas, por la combinación de otros estigmas con el fundamental. El envidioso pasivo es solemne y sentencioso; el activo es un escorpión atrabiliario. Pero, lúgubre o bilioso, nunca sabe reír de risa inteligente y sana. Su mueca es falsa: ríe a contrapelo.

¿Quién no los codea en su mundo intelectual? El envidioso pasivo es de cepa servil. Si intenta practicar el bien, se equivoca hasta el asesinato: diríase que es un miope cirujano predestinado a herir los órganos vitales y respetar la víscera cancerosa. No retrocede ante ninguna bajeza cuando un astro se levanta en su horizonte: persigue al mérito hasta dentro de su tumba. Es serio, por incapacidad de reírse; le atormenta la alegría de los satisfechos. Proclama la importancia de la solemnidad y la practica; sabe que sus congéneres aprueban tácitamente esa hipocresía que escuda la irremediable inferioridad: no vacila en sacrificarles la vida de sus propios hijos, empujándoles, si es necesario, en el mismo borde de la tumba.

El envidioso activo posee una elocuencia intrépida, disimulando con niágaras de palabras su estiptiquez de ideas. Pretende sondar los abismos del espíritu ajeno, sin haber podido nunca desenredar el propio. Parece tener mil lenguas, como el clásico monstruo rabelesiano. Por todas ella destila su insidiosidad de viborezno en forma de elogio reticente, pues la viscosidad urticante de su falso loar es el máximum de su valentía moral. Se multiplica hasta lo infinito; tiene mil piernas y se insinúa doquier; siembra la intriga entre sus propios cómplices y, llegado el caso, los traiciona. Sabiéndose de antemano repudiado por la gloria, se refugia en esas academias donde los mediocres se empampanan de vanidad si alguna inexplicable paternidad complica la quietud de su madurez estéril, podéis jurar que su obra es fruto del esfuerzo ajeno. Y es cobarde para ser completo; se arrastra ante los que turban sus noches con la aureola del ingenio luminoso, besa la mano del que le conoce y le desprecia, se humilla ante él. Se sabe inferior; su vanidad sólo aspira a desquitarse con las frágiles compensaciones de la zangamanga a ras de tierra.

A pesar de sus temperamentos heterogéneos, el destino suele agrupar a los envidiosos en camarillas o en círculos, sirviéndoles de argamasa el común sufrimiento por la dicha ajena. Allí desahogan su pena íntima difamando a los envidiados y vertiendo toda su hiel como un homenaje a la superioridad del talento que los humilla. Son capaces de envidiar a los grandes muertos, como si los detestaran personalmente. Hay quien envidia a Sócrates y quién a Napoleón, creyendo igualarse a ellos re-

bajándolos; para eso endiosarán a un Brunetiére o un Boulanger. Pero esos placeres malignos poco amenguan su desventura, que está en sufrir de toda felicidad y en martirizarse de toda gloria. Rubens lo presintió al pintar la envidia, en un cuadro de la Galería Medicea, sufriendo entre la pompa luminosa de la inolvidable regencia.

El envidioso cree marchar al calvario cuando observa que otros escalan la cumbre. Muere en el tormento de envidiar al que le ignora o desprecia, gusano que se arrastra sobre el zócalo de la estatua.

Todo rumor de alas parece estremecerlo, como si fuera una burla a sus vuelos gallináceos. Maldice la luz, sabiendo que en sus propias tinieblas no amanecerá un solo día de gloria. ¡Si pudiera organizar una cacería de águilas o decretar un apagamiento de astros!

Lo que es para otros causa de felicidad, puede ser objeto de envidia. La ineptitud para satisfacer un deseo o hartar un apetito determina esta pasión que hace sufrir del bien ajeno. El criterio para valorar lo envidiado es puramente subjetivo: cada hombre se cree la medida de los demás, según el juicio que tiene de sí mismo.

Se sufre la envidia apropiada a las inferioridades que se sienten, sea cual fuere su valor objetivo. El rico puede sentir emulación o celos por la riqueza ajena; pero envidiará el talento. La mujer. bella tendrá celos de otra hermosura; pero envidiará a las ricas. Es posible sentirse superior en cien cosas e inferior en una sola; éste es el punto frágil por donde tienta su asalto la envidia.

El sujeto descollante encuentra su cohorte de envidiosos en la esfera de sus colegas más inmediatos, entre los que desearían descollar de idéntica manera. Es un accidente inevitable de toda culminación, aunque en algunas profesiones es más célebre; los hombres de letras no se quedan atrás, pero los cómicos y las rameras ten-

drían el privilegio, si no existiesen los médicos. La envidia medicorum es memorable desde la Antigüedad: la conoció Hipócrates. El arte la ha descrito con frecuencia, para deleite de los enfermos sobrevientes a las drogas.

El motivo de la envidia se confunde con el de la admiración, siendo ambas dos aspectos de un mismo fenómeno. Sólo que la admiración nace en el fuerte y la envidia en el subalterno. Envidiar es una forma aberrante de rendir homenaje a la superioridad. El gemido que la insuficiencia arranca a la vanidad es una forma especial de alabanza.

Toda culminación es envidiada. En la mujer la belleza. El talento y la fortuna en el hombre. En ambos la fama y la gloria, cualquiera que sea su forma.

La envidia femenina suele ser afiligranada y perversa; la mujer da su arañazo con uña afilada y lustrosa, muerde con dientecillos orificados, estruja con dedos pálidos y finos. Toda maledicencia le parece escasa para traducir su despecho; en ella debió pensar Apeles cuando representó a la Envidia guiando con mano felina a la Calumnia.

La que ha nacido bella —y la Belleza para ser completa requiere, entre otros dones, la gracia, la pasión y la inteligencia— tiene asegurado el culto de la envidia. Sus más nobles superioridades serán adoradas por las envidiosas; en ellas clavarán sus incisivos, como sobre una lima, sin advertir que la pasión las convierte en vestales. Mil lenguas viperinas le quemarán el incienso de sus críticas; las miradas oblicuas de las sufrientes fusilarán su belleza por la espalda; las almas tristes le elevarán sus plegarias en forma de calumnias, torvas como el remordimiento que las atosiga, pero no las detiene.

Quien haya leído la séptima metamorfosis, en el libro segundo de Ovidio, no olvidará jamás que a instancia de Minerva, fue Aglaura transfigurada en roca, castigando así su envidia de Hersea, la amada de Mercurio. Allí está escrita la más perfecta

alegoría de la envidia devorando víboras para alimentar sus furores, como no la perfiló ningún otro poeta de la era pagana.

El hombre vulgar envidia las fortunas y las posiciones burocráticas. Cree que ser adinerado y funcionario es el supremo ideal de los demás, partiendo de que lo es suyo. El dinero permite al mediocre satisfacer sus vanidades más inmediatas; el destino burocrático le asigna un sitio en el escalafón del Estado y le prepara ulteriores jubilaciones. De ahí que el proletario envidie al burgués, sin renunciar a substituirlo; por eso mismo la escala del presupuesto es una jerarquía de envidias, perfectamente graduadas por las cifras de las prebendas.

El talento —en todas sus formas intelectuales y morales: como dignidad, como carácter, como energía— es el tesoro más envidiado entre los hombres. Hay en el doméstico un sórdido afán de nivelarlo todo, un obtuso horror a la individualización excesiva; perdona al portador de cualquier sombra moral, perdona la cobardía, el servilismo, la mentira, la hipocresía, la esterilidad, pero no perdona al que sale de las filas dando un paso adelante. Basta que el talento permita descollar en las ciencias, en las artes o en el amor, para que los mediocres se estremezcan de envidia. Así se :forma en torno de cada astro una nebulosa grande o pequeña, camarilla de maldicientes o legión de difamadores: los envidiosos necesitan aunar esfuerzos contra su ídolo, de igual manera que para afear una belleza venusina aparecen por millares las pústulas de la viruela.

La dicha de los fecundos martiriza a los eunucos vertiendo en su corazón gotas de hiel que los amargan por toda la existencia; este dolores la gloria involuntaria de los otros, la sanción más indestructible de su talento en la acción o el pensar. Las palabras y las muecas del envidioso se pierden en la ciénaga donde se arrastra, como silbidos de reptiles que saludan el vuelo sereno del águila que pasa en la altura. Sin oírlos.

3.- Los Roedores de la Gloria

Todo el que se siente capaz de crearse un destino con su talento y con su esfuerzo está inclinado a admirar el esfuerzo y el talento en los demás; el deseo de la propia gloria no puede sentirse cohibido por el legítimo encumbramiento ajeno. El que tiene méritos, sabe lo que le cuestan y los respeta; estima en los otros lo que desearía se le estimara a él mismo. El mediocre ignora esta admiración abierta: muchas veces se resigna a aceptar el triunfo que desborda las restricciones de su envidia. Pero aceptar no es amar. Resignarse no es admirar.

Los espíritus alicortos son malévolos; los grandes ingenios son admirativos. Éstos saben que los dones naturales no se transmutan en talento o en genio sin un esfuerzo, que es la medida de su mérito. Saben que cada paso hacia la gloria ha costado trabajos y vigilias, meditaciones hondas, tanteos sin fin, consagración tenaz, a ese pintor, a ese poeta, a ese filósofo, a ese sabio; y comprenden que ellos han consumido acaso su organismo, envejeciendo prematuramente: y la biografía de los grandes hombres les enseña que muchos renunciaron al reposo o al pan, sacrificando el uno y el otro a ganar tiempo para meditar o a comprar un libro para iluminar sus meditaciones. Esa conciencia de lo que el mérito importa, lo hace respetar. El envidioso, que lo ignora, ve el resultado a que otros llegan y él no, sin sospechar de cuántas espinas está sembrado el camino de la gloria.

Todo escritor mediocre es candidato a criticastro. La incapacidad de crear le empuja a destruir. Su falta de inspiración le induce a rumiar el talento ajeno, empañándolo con especiosidades que denuncian su irreparable ultimidad.

Los altos ingenios son ecuánimes para criticar a sus iguales, como si reconocieran en ellos una consanguinidad en línea directa; en el émulo no ven nunca un rival. Los grandes críticos son óptimos autores que escriben sobre temas propuestos por

otros, como los versificadores con pie forzado;. la obra ajena es una ocasión para exhibir las ideas propias. El verdadero crítico enriquece las obras que estudia y en todo lo que toca deja un rastro de su personalidad.

Los criticastros son, de instinto, enemigos de la obra: desean achicarla por la simple razón de que ellos no la han escrito. Ni sabrían escribirla cuando el criticado les contestara: hazla mejor. Tienen la manos trabadas por la cinta métrica; su afán de medir a los demás responde al sueño de rebajarlos hasta su propia medida. Son, por definición, prestamistas, parásitos, viven de lo ajeno, pues se limitan a barajar con mano aviesa lo mismo que han aprendido en el libro que desacreditan. Cuando un gran escritor es erudito se lo reprochan como una falta de originalidad; si no lo es, se apresuran a culparlo de ignorancia. Si emplea un razonamiento que usaron otros, le llaman plagiario, aunque señale las fuentes de su sabiduría; si omite señalarlas, por harto vulgares, lo acusan de improbidad. En todo encuentran motivo para maldecir y envidiar, revelando su interna angustia. Lo que les hace sufrir, en suma, es que otros sean admirados y ellos no.

El criticastro mediocre es incapaz de enhilar tres ideas fuera del hilo que la rutina le enhebra; su oronda ignorancia le obliga a confundir el mármol con la chiscarra y la voz con el falsete, inclinándose a suponer que todo escritor original es un heresiarca. Los palurdos darían lo que no tienen por saber escribir un poquito, como para incorporarse a la crítica profesional. Es el sueño de los que no pueden crear. Permite una maledicencia medrosa y que no compromete, hecha de mendacidad prudente, restringiendo las perversidades para que resulten más agudas, sacando aquí una migaja y dando allí un arañazo, velando todo lo que puede ser objeto de admiración, rebajando siempre con la oculta esperanza de que puedan aparecer a un mismo nivel los críticos y los criticados. El escritor original sabe que atormenta a los mediocres, aguijoneándoles esa pasión que los enferma ante el brillo ajeno; la desesperación de los fracasados es el laurel que mejor premia su luminosa labor. A la gloria de un Homero llega siempre apareada la ridiculez de un Zoilo.

Fermentan en cada género de actividad intelectual, como plagas pediculares de la originalidad: no perdonan al que incuba en su cerebro esa larva sediciosa. Viven para mancillarlo, sueñan su exterminio, conspiran con una intemperancia de terroristas y esgrimen sórdidas calumnias que harían sonrojar a un paquidermo. Ven un peligro en cada acto y una amenaza en cada gesto; tiemblan pensando que existen hombres capaces de subvertir rutinas y prejuicios, de encender nuevos planetas en el cielo, de arrancar su fuerza a los rayos y a las cataratas, de infiltrar nuevos ideales a las razas envejecidas, de suprimir la distancia, de violar la gravedad, de estremecer a los gobiernos...

Cuando se eleva un astro, ellos asoman por todos los puntos cardinales para entonar el coro involuntario de su difamación. Aparecen por docenas, por millares, como liliputienses en torno de un gigante. Los contrabajistas de arrabal oprobiarán la gloria de los supremos sinfonistas. Gacetilleros anodinos, consumarán biografías sobre algún lejano pensador que los ignora. Muchos que en vano han intentado acertar una mancha de color, dejarán caer su chorro de prosa como si un robinete de pus se abriera sobre telas que vivirán en los siglos. Cualquier promiscuador de palabras enfestará contra el que escriba pensamientos duraderos. Las mujeres feas demostrarán que la belleza es repulsiva y las viejas sostendrán que la juventud es insensata; vengarán su desgracia en el amor diciendo que la castidad es suprema entre todas las virtudes, cuando ya en vano se harían viltroteras para ofrecer la propia a los transeúntes. Y los demás, todos en coro, repetirán que el genio, la santidad y el heroísmo son aberraciones, locuras, epilepsia, degeneración negarán la excelencia del ingenio, la virtud y la dignidad; pondrán esos valores por debajo de su propia penumbra, sin advertir que donde el genio se resobra el mediocre no llega. Si a éste le dieran a elegir entre Shakespeare o Sarcey, no vacilaría un minuto: murmuraría del primero con la firma del segundo.

Los espíritus rutinarios son rebeldes a la admiración: no reconocen el fuego de los astros porque nunca han tenido en sí una chispa. Jamás se entregan de buena fe a los ideales o a las pasiones que le toman del corazón; prefieren oponerles mil razo-

namientos para privarse del placer de admirarlos. Confundirán siempre lo equívoco y lo erístalino, rebajando todo ideal hasta las bajas intenciones que supuran en sus cerebros. Desmenuzarán todo lo bello, olvidando que el trigo molido en harina no puede ya germinar en áureas espigas. frente al sol. "*Es un gran signo de mediocridad* —dijo Leibniz— *elogiar siempre moderadamente*".

Pascal decía que los espíritus vulgares no encuentran diferencias entre los hombres: se descubren más tipos originales a medida que se posee mayor ingenio. El criticastro es parvificente; admira un poco todas las cosas, pero nada le merece una admiración decidida. El que no admira lo mejor, no puede mejorar. El que ve los defectos y no las bellezas las culpas y no los méritos, las discordancias y no las armonías, muere en un bajo nivel donde vegeta con la ilusión de ser un crítico. Los que no saben admirar no tienen porvenir, están inhabilitados para ascender hacia una perfección ideal. Es una cobardía aplacarla admiración; hay que cultivarla como un fuego sagrado, evitando que la envidia la cubra con su pátina ignominiosa.

La maledicencia escrita es inofensiva. El tiempo es un sepulturero ecuánime: entierra en una misma fosa a los criticastros y a los malos autores. Mientras los envidiosos murmuran, el genio crece; a la larga aquellos quedan oprimidos y éste siente deseos de compadecerlos, para impedir que sigan muriendo a fuego lento.

El verdadero castigo de estos parásitos está en la muda sonrisa de los pensadores. El que critica a un alto espíritu tiende la mano esperando una limosna de celebridad; basta ignorarle y dejarle con la mano tendida, negándole la notoriedad que le conferiría la réplica. El silencio del autor mata al postulante; su indiferencia lo asfixia. Algunas veces supone que le han tomado en cuenta y que se advierte su presencia: sueña que le han nombrado, aludido, refutado, injuriado. Pero todo es un simple sueño; debe resignarse a envidiar desde la penumbra, de donde no consigue que le saquen. El que tiene conciencia de su mérito, no se presta a inflar la vanidad del primer indigente que le sale al paso pretendiendo distraerle, obligándole a perder su tiempo; elige sus adversarios entre sus iguales, entre sus condignos. Los hombres

superiores pueden inmortalizar con una palabra a sus lacayos o a sus sicarios. Hay que evitar esa palabra; de algunos criticastros sólo tenemos noticias porque algún genio los honró con su puntapié.

Una Escena Dantesca: Su Castigo

El castigo de los envidiosos estaría en cubrirlos de favores, para hacerles sentir que su envidia es recibida como un homenaje y no como un estiletazo. Es más generoso, más humanitario. Los bienes que el envidioso recibe constituyen su más desesperante humillación; si no es posible agasajarle, es necesario ignorarle. Ningún enfermo es responsable de su dolencia, no podríamos prohibirle que emitiera acentos quejumbrosos; la envidia es una enfermedad y nada hay más respetable que el derecho de lamentarse cuando se padecen congestiones de la vanidad.

El envidioso es la única víctima de su propio veneno; la envidia le devora como el cáncer a la víscera; le ahoga como la hiedra a la encina. Por eso Poussin, en una tela admirable, pintó a este monstruo mordiéndose los brazos y sacudiendo la cabellera de serpientes que le amenazan sin cesar.

Dante consideró a los envidiosos indignos del infierno. En la sabia distribución de penas y castigos los recluyó en el purgatorio, lo que se aviene a su condición mediocre.

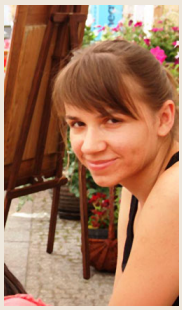
Yacen acoquinados en un círculo de piedra cenicienta, sentados junto a un paredón lívido como sus caras llorosas, cubiertos por cilicios, formando panorama de cementerio viviente. El sol les niega su luz; tienen los ojos cosidos con alambres, porque nunca pudieron ver el bien del prójimo. Habla por ellos la noble Sapía, desterrada por sus conciudadanos; fue tal su envidia que sintió loco regocijo cuando ellos fueron derrotados por los florentinos. Y hablan otros, con voces trágicas,

mientras lejanos fragores de truenos recuerdan la palabra que Caín pronunció después de matar a Abel. Porque el primer asesino de la leyenda bíblica tenía que ser un envidioso.

Llevan todos el castigo en su culpa. El espartano Antístenes, al saber que le envidiaban, contestó con acierto: peor para ellos, tendrán que sufrir el doble tormento de sus males y de mis bienes. Los únicos gananciosos son los envidiados; es grato sentirse adorar de rodillas.

La mayor satisfacción del hombre excelente está en provocar la envidia, estimulándola con los propios méritos, acosándola cada día con mayores virtudes, para tener la dicha de escuchar sus plegarias. No ser envidiado es una garantía inequívoca de mediocridad.

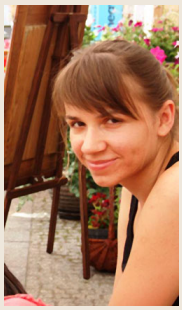
Anna Panek. La poesía en el espacio público



Estudiante de la Universidad de Varsovia, Anna comparte sus certezas e interrogantes sobre la naturaleza pública de la poesía.

Haga click en la presentación para ver a pantalla completa

Material audiovisual disponible en la edición web.

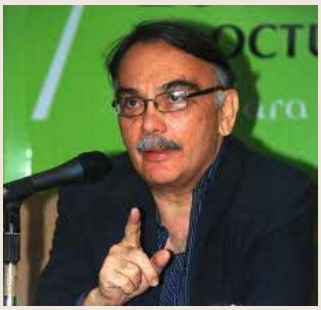


Francisco José Cruz, según Eugenio Montejo

“Voz adusta y sin halagos”, así es como define Montejo la poesía de Francisco José, uno de los más interesantes y luminosos poetas de la España andaluza actual. Leamos las palabras de Montejo y los versos de Cruz.

Haga click en la presentación para ver a pantalla completa

Material audiovisual disponible en la edición web.



Eugenio Montejo

Omar Ortiz Forero

por Omar Ortiz Forero

De su reciente libro, Cequia grande, publicamos aquí algunos de sus poemas.

Omar Ortiz Forero, Bogotá, Colombia, 1950

CEQUIAGRANDE

Cuando la ceiba muda sus hojas,
las piedras repican una risa escondida.
Es verano,
la mañana se abre con la jocunda luz
de las veraneras.
En la tarde,
las muchachas depositan sus espejos
en el río.
Pretenden atrapar los secretos de la luna,
más sólo logran multiplicar las escamas
del salmón que avanza.

A Carolina Urbano.

Arte Poética

La poesía es una golondrina. Golondrina que viste falda de colores, tiene sexo, ama, odia, se levanta con ojeras, vive en la acera de enfrente pero irrumpe en mi casa como un torbellino y casi nunca tiene lo suficiente para saciar sus apetitos. Pero vuela, vuela, porque de lo contrario se torna estática, de bronce. Y este pesado elemento sólo existe para que lo caguen las palomas. Por eso cuando me envuelvo en el traje con el que burlo a mis implacables acreedores, mi ojo descubre esa imperceptible manchita que disparada al cielo hace que el mundo sobreviva, y te escriba.

HOMENAJE A LEONARD COHEN

Mas que la nieve circula el polvo blanco
en este invierno de Times Square.
Los enganchados,
muestran carteles sucios de malos sueños.
Si armas un porro o bebes de la botella
pueden darte un golpe en los testículos
o condenarte a cadena perpetua.
Si usas una jeringa nadie parece notarlo
hasta que convulsionas como Janis Joplin.
Pasa un viento helado por Times Square,
deben ser las tripas de los mejicanos muertos
camino a Texas las que refrigeran los canticos
de San Patricio.
Pero nadie quiere a los mejicanos,
pongamos mejor una ofrenda floral por los caídos en Irak.
De los talibanes y las burka de sus mujeres debe provenir
ese aliento gélido.
Hay un olor de alcantarilla en Times Square,
pero los chinos
que se hacinan bajo tierra hacen comestible
el icopor que los jóvenes ejecutivos consumen
a las 12 m en las escaleras que conducen al éxito en Times Square.
Aunque caminemos hasta el final de Harlem,
de visita en la milenaria abadía,
nadie te nombra Susana
y no subiremos a una limosina,
ni menos haremos el amor en un hotel de Chelsea.
Aun espero la primavera en Times Square.

INVENTARIO

Poseo
nidos de pájaros entre los anaqueles de mi biblioteca
y un rico tiempo que los nutre.
Una brizna de hierba que me regaló una muchacha de ojos claros.
Con ella y con los penachos de la última cosecha de maíz
mis aves construyen sus refugios.
Tengo también un papel que sueña ser un barco
y en él una mano desconocida escribió: te espero.
Algunos versos acompañan mis pertenencias,
pero es mejor no citarlos pues serán otros mañana.
Hay un río, como uno de los bienes por fuera del comercio,
nacido en la lustrosa cabellera de la más joven de las hechiceras.
Además, en el marco de la ventana florece el jazmín
recordando el olor de una vieja fotografía.
Para ser preciso, mi casa del barrio de los salesianos sólo existe,
con su mobiliario y sus espejos, desde el sueño donde la arena dibuja tu cuerpo.

OAXACA

Mientras Araceli lee a Sabines,
María prepara los revoltijos que usará en la limpia.
De la cocina llega un fuerte aroma a chocolate
que pone a salivar al poeta Herrera
quien prepara un mole negro.
La zapoteca me saca la camisa,
me palpa suavemente las costillas y con un puñado
de albahaca esparce sobre mi piel agua de clavelina mezclada con manzanillo,

-Para que los mayores te saquen el chingadazo de Tlacolula- dice.
En el Zócalo, los zapatistas leen a Flores Magón y preparan el sendero de los caracoles.
La mano de María pasa sobre mi cabeza untada de mezcal,
-Para que el señor de los estambres te permita el regreso-agrega.
Por el camino del peyote la otra María, la Sabina, encarna en el nanactl, el hongo sagrado.
De la piedra verde, brotó el árbol y el mundo se posó en su copa,
Santa María El Tule, te invocamos.
El sol anidó en Cerro Santo y la milpa se esparció sobre la tierra.
-No es nada, no es nada. Ya pasará la molestia, hermanito-
me susurra María como cantando.
Del patio, llega la voz de Araceli:

"*Los amorosos se ponen a cantar entre labios*
una canción no aprendida.
Y se van llorando, llorando,
La hermosa vida".

Omar Ortíz Forero

ORTIZ FORERO, Omar. Bogotá, 1950.
Abogado y poeta. Esta radicado en la ciudad de Tuluá donde dirige la revista *Luna Nueva*. Ha realizado una intensa labor crítica como colaborador del *Magazín Dominical* del diario *El Espectador* de Santafé de Bogotá. Ganador del XII Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia en 1995, en la modalidad poetas mayores de 25 años. Su obra se encuentra publicada en siete libros: *La Tierra y el éter* (1979); *Que Junda el Junde* (1982); *Las muchachas del circo* (1986); *Diez regiones* (1987); *Los espejos del olvido* (1991); *Un jardín para Milena* (1993); *El libro de las cosas* (1995); *La luna en el espejo* (1999), y *Diario de los seres anónimos* (2002). Su obra poética, de 1983 al 2002, está recogida en la antología *Los Espejos del Olvido*, publicada en el año 2002.

Un cuento

por Ernestina Yépiz

Ernestina trabaja en dos campos escriturales con semejante soltura, la poesía y la narrativa, aquí una muestra de su prosa.

Ernestina Yépiz

La escribiente

Escucha voces y tiene visiones, venidas de tiempos y lugares en los que no sé si alguna vez ha estado. Dice que hace 500 años, impulsada por fuerzas ajenas escribió con una tiza en las paredes, palabras (las mismas palabras que ahora yo escribo sobre el pizarrón) que nadie pudo descifrar, por lo que fue acusada de hereje y quemada en la hoguera. Desde entonces, como un Ave Fénix, renace, una y otra vez, en otros cuerpos, en otros rostros. Hace un par de años que habla y repite mis gestos multiplicados en los espejos con los que ha hecho cubrir las paredes y el techo de la habitación que compartimos; dice que padecemos los mismos males y nos habita el mismo desasosiego. Dice, además, que compartimos el mismo nombre y también el 1.70 de estatura. Viste mi ropa y sus pies son del tamaño de los míos. A ambas nos gusta la comida fría y el café caliente (hasta quemarnos la lengua), que tomamos las noches de luna llena y los días nublados sólo para espantar el frío y a veces las ganas de dormir. Aparentemente somos la misma persona. Sin embargo, creo que hay diferencias notables entre una y otra, aunque debo reconocer que éstas cada vez son más pocas. Es como ser el personaje y el soñador de un mismo sueño, soñado por alguien que no es ninguna de las dos. Ella me sueña y yo sueño su sueño y alguien más sueña ambos sueños como si fuera uno.

En sueños busco a quien me sueña y me encuentro con quien sueño. Es mi sombra y soy su sombra. Juego de espejos. Me gusta su imagen y la siento como un ropaje adherido a mi piel. Mi corazón palpita al mismo ritmo que el suyo y basta verla a los ojos para saber de sus frustraciones y derrotas y sobre todo, de su absoluta soledad, acumulada en el devenir de los siglos. Es difícil recordar con precisión cuando comenzó todo. La memoria o más bien las sensaciones que guarda el cuerpo son de mucho antes de que se pusiera de moda contabilizar el tiempo. En lo personal, yo que soy un animal moderno, supongo que todo tiene un principio y no necesariamente un fin predecible. Esto no quiere decir que crea en la resurrección de la carne. Ciertamente, nadie regresa de la tumba. Aun así estoy convencida de que habitamos un mundo de fantasmas. Somos el fantasma de alguien y alguien es

nuestro fantasma. Soy el fantasma de alguien que no quiero ser y sin embargo soy. Sé que de nada sirve resistirse y como cualquier condenado no puedo dejar de hacerlo. Combato a sabiendas de que el oráculo marca mi derrota y si un día fui sentenciada y quemada en la hoguera sólo por escribir en las paredes de los conventos, las abadías y otros centros eclesiásticos, deben saber que el delito persiste y la pena impuesta no expira todavía. Las leyes son un instrumento de opresión y todo aquel que asume la palabra escrita como un intento de libertad, en el acto es marginado. Confinado a habitar detrás de los muros. Lo que me hace creer que no hay justicia y mucho menos divina, por lo que aplaudo toda rebelión, por insignificante e insensata que sea.

Estoy segura de que el cielo no existe, pero aun así supondré que la mujer que me vigila desde la superficie de los espejos no emergió del fondo de los infiernos y muchos menos viene a sumirme en ellos, pues, desde su llegada no sé si soy otra o soy la misma y pasan los meses, los años ya y no termina de irse o más vale decir que no se le ven intenciones de marcharse. Ayer, al verla cepillarse los dientes, intenté recordar el día de nuestro primer encuentro, bien a bien no me acuerdo si fue un sábado, un viernes por la tarde o un domingo. Si fue en un café, en una librería o en una sala de cine. No, creo que no fue en ninguno de estos sitios, sino una madrugada en que yo veía las olas estrellarse contra los muelles y dije (sin saber lo que quería decir exactamente, pocas veces o casi nunca digo lo que quiero decir, lo que hace a los otros desconfiar de mi o tomarme casi por loca), dos palabras, algo así como “ritus mors mortis, mortuos”; con lo que quise decir que se vive para la muerte; que ningún morir es el equivalente de un renacimiento y por miedo a precipitarme a las aguas y dejarme llevar por las corrientes, me di la vuelta y caminé de prisa en busca de las luces de las ciudad y al doblar la esquina, ella me salió al paso y dijo que huir no me valdría de nada, que toda huida es regreso y que sólo las palabras pueden hacernos trascender la propia muerte. La escuché sin decir nada y como no tenía ningún lugar donde quedarse, se vino a vivir conmigo, desde entonces no ha hecho otra cosa que imitarme, aunque a veces todo me hace pensar que

soy yo la que la imita. Muchas noches, por no decir que todas, la encuentro deambulando alrededor de la cama. Me acecha. Vela mis sueños y en el momento menos esperado aparece en su papel de protagonista principal. Mi voluntad es la suya. Me gusta que vista mi ropa de dormir aunque no duerma y la noche entera la escucho delirar; llamarle viento al fuego y fuego al viento. Por la mañana, cuando me lavo los dientes y la cara, la encuentro pálida y ojerosa.

No está por demás decir que no tengo nada contra su imagen; su fisonomía, hasta cierto punto, es de mi agrado, pero, lo que no termina de gustarme o más bien me disgusta es sentirme como dos y lo peor es que sin dobleces porque en realidad soy una sin dejar de ser la otra. En lo personal trato de comportarme normalmente: hago ejercicio, cocino, me encargo de las compras del supermercado y hago esfuerzos por mantenerme al margen de todo pesimismo. Ella, en cambio, mantiene su inamovilidad acostumbrada y si acaso habla, no espera que alguien la escuche, lo hace para sí misma, cualquiera al verla pensaría que padece algún tipo de locura. Francamente, creo que se necesita estar loca para permanecer horas y horas, sentada frente a la pantalla de la computadora, con las manos puestas en el teclado y cuando no lee, lo único que hace es escribir. Escribe con la desesperación que nadie lo haría. Me niego a parecérmele y pinto mis labios de color rojo-naranja para diferenciarlos de los suyos pálidos. Me cepillo el cabello, alargo mis pestañas y doy un poco de rubor a mis mejillas. No logro distanciarme. Ella recurre a los mismos artificios y más aún cambia el suéter gris y los pantalones de pana y asume mi disfraz de cazadora furtiva. Juntas salimos a la calle y tomamos una copa en cualquier bar. No falta quien se acerque a invitarnos la segunda ronda, pero, nosotras, imposibilitadas para cualquier tipo de seducción, sin más, ni más, dejamos ir a la posible presa y antes de la media noche, retornamos a casa con el deseo a cuestas y no sé, si, sedientas de un poco de amor.

No queda más que aprender a ser fantasma, dice, mientras se quita la ropa, sin despegar la mirada de la imagen que le ofrece el espejo y sin agregar más; así, desnuda como está, no encuentra mejor entretenimiento que aporrear las teclas de mi

computadora, lo hace con furia, con desesperación, como si un verdugo fuera a cercenarle las manos antes de alcanzar a teclear la última palabra, porque creo que siempre está escribiendo la última palabra y no la primera. La última que no será la última porque indudablemente vendrán otras más, lo sabe, pero prefiere ignorarlo, quiere creer que toda palabra, cada línea que lograr armonizar es la última y golpea con la punta de los dedos esos pequeños cuadritos de plástico endurecido que marcan una letra u otra y que de acuerdo con su estado de ánimo une o separa y al hacerlo forma decenas, cientos de palabras que terminan por ser miles y aunque momentáneamente diga que la dejan entrever el paraíso, terminan por enceguecerla y la sumergen en las catacumbas. Cegada por la luz se desplaza a tientas en medio de la oscuridad y en su condición de ciega se aferra a la inútil tarea de escribir y digo inútil porque de nada sirve manchar con tinta negra hojas impecablemente blancas que el tiempo vuelve amarillentas y si los grillos no devoran, la humedad termina por borrar.

Sé que escribe contra todo y contra todos e incluso contra mí misma. Los que alguna vez me amaron (que no fueron pocos), cansados de la inercia en que me sumerge el estar con ella, han acabado por abandonarme. Yo misma, de alguna manera, me he abandonado. Si bien, en un principio, cuando vino a vivir conmigo; cuando comencé a ser ella y no yo o ella-yo, asustada por las muchas visiones que venían a mí, que se paseaban por mi cabeza, por temor a enloquecer y que los demás se dieran cuenta de mi locura. Abandoné a los míos por completo, prescindí de las comodidades que la casa de mis padres me ofrecía y me instalé como animal herido en el cuchitril en que ahora vivo. Para alejarla y mantenerme al margen de su pesimismo (debo decir que es una pesimista auténtica y pura), fui todos los días al cine y me aficioné a los juegos de azar. Durante meses vi las mismas películas (las mismas historias y los mismos actores). En mi afán por huir de ella, de no sentirme excluida o dejar por completo de ser parte de la cotidianidad de los otros, yo, que nunca había trabajado, me conseguí un empleo y jugué a saludar a mis vecinos. Me bastó sonreírles y a los pocos días, a tardes y mañanas tocaron a mi puerta, amena-

zando mi privacidad, lo que me hizo desistir en el intento de ser parte del clan, comprendí que lo mejor era relacionarse con personas ajenas y distantes, a las que no tuviera que tener cerca. Empecé a ver la televisión y mi entretenimiento no duró más de dos semanas, la programación sin variantes y los personajes predecibles me aburrieron. Opté por leer los periódicos todas las mañanas sólo para encontrar que las noticias eran las mismas del día anterior. La realidad terminó por decepcionarme, nada pude encontrar más allá de la ambición derivada de la simplicidad terrena. En mi condición de individuo me di cuenta de la intranscendencia de existir.

Dejé mi empleo por monótono. (Nada más aburrido que corregir novelas que no novelan nada, poemas que no poetizan nada). Me olvidé de la televisión y de revisar los periódicos y para mantenerme alejada de la multitud, no fui más al cine, ni al teatro y pasé los días y las noches acostada en mi cama, viendo como las sombras caminaban por las paredes. Por prescripción médica tomé pastillas para dormir y otras para mantenerme despierta. Pasado algún tiempo no supe diferenciar los sueños de la realidad. Me creí *Alicia en el país de las maravillas* y tuve miedo de despertar y mientras dormitaba, esa mujer, a la que no sé si llamar mi sombra, mi doble o mi fantasma, llegó para no irse y con el propósito de mantenerse entretenida y resarcir así un poco el tiempo perdido; en el que fue perseguida, no tuvo acceso a ningún libro y durante siglos se le negó toda lectura. *El Corán, Las mil y una noche y Los santos evangelios*, me hizo leerle desde *La Biblia* hasta la pasión maldita de Heathcliff y Catherine Earnshaw en *Cumbres Borrascosas*, sin dejar de lado la historia de amor (el amor no puede ser sino deseo) de *Pedro Páramo* por Susana San Juan, y también quiso escuchar de mi voz *El llano en llamas*. Fascinada, me preguntó si había yo escuchado hablar de una tal Virginia Woolf, le dije que sí, pero que no sentía gran admiración por la vida rutinaria de *La señora Dalloway* y me hizo leerle: *Noche y Día, Las olas* y *Los años* y al final, la Woolf, nos contagió a las dos su intuición neurótica y nos acercó al vacío, dejándonos a un paso del precipicio. Después de esto Elena Garro vino a visitarnos y nos hizo reverenciar su locura y

compartir su desdén por el poder. Otro día encontramos moribunda a Silvia Plath y no tuvimos más opción que conmovernos por su pasión suicida. Más tarde (aunque debimos haberlos encontrado desde el principio), conocimos los excesos poéticos de Rimbaud y las obscenidades del marqués de Sade.

Luego, casi por accidente, ella se topó con Octavio Paz, quien tuvo el acierto de presentarle a muchos otros y por algún tiempo la sedujo la presunción del poeta en el manejo del lenguaje y fue lo más sensible que pudo a la belleza de sus metáforas. Durante muchas noches su almohada (la que compartíamos) fue *Piedra de Sol* y frecuentemente me hizo sentir *un sauce de cristal, un chopo de agua,* en la cabeza. No sé que es lo que la hizo no quedarse ahí (hubiera sido lo recomendable) y se esforzó por entender los juegos borgianos e hizo de ellos una de sus pasiones. Con *El Aleph* en las manos viajó por *Los ruinas circulares* y conoció palmo a palmo *La biblioteca de babel*. Un día, cansada de leer y releer *La Historia de la Eternidad* sin entenderla del todo, *Funes el memorioso* le robo la memoria e incapaz de retener por sí misma una sola línea en su cabeza, por miedo a la desmemoria, tomo la mía por morada y desde entonces habita en mí. Somos la misma persona. Por fortuna en mi escasa biblioteca ya no hay ningún libro nuevo que leer (los autores se repiten unos a otros y todos los libros son el mismo libro). Estoy agotada. Me agota hasta respirar. Las lecturas, al igual que el cine y el teatro acrecentaron mi mal y acabaron con toda posibilidad de cerrar mi herida. Actualmente mi fragilidad es extrema, el más leve golpe puede hacerme añicos y dudo que pueda volver a unir los pedazos. Ya siento como mi cuerpo se desprende, se vuelve pequeños fragmentos. Una parte por allá, otra más allá, una más lejos y todas cada vez más distantes.

Duermo y ella que se quedó sin memoria, tiene la osadía de vigilar mi sueño. En sueños viene y besa el borde mis labios, entonces yo que soy una persona me vuelvo dos y a veces muchas más. Esto hace que mis fracasos sean dobles o múltiples y llegan a ser tantos que bien a bien, de pronto ya no sé a quien pertenecen. Esto, por supuesto, es intranscendente y no tiene ninguna importancia, a no ser el cansancio, la desazón que produce sentirse permanentemente derrotada. Para olvi-

dar mis derrotas, simulo dormir y múltiples sombras se desprenden de mi sueño. Visitan los lugares más inverosímiles, algunas se elevan hacia el cielo y otras más descienden al infierno. Todas se ponen al tú por tú con Dios o Lucifer. Hablan lenguas que desconozco y si algo puedo adivinar es por que algún ángel o demonio (para el caso es lo mismo, no encuentro diferencia entre lo celestial o lo demoníaco; ambos visten atuendos similares) me lo murmura al oído y me hace saber que es un secreto que sólo a mí me ha sido revelado y mi cuerpo enfebrecido, se queda tirado sobre la alfombra roída, sólo falta que vengan las ratas a roerme, antes de que mis huesos se enciendan. Ella, que ahora me lee el pensamiento, intenta consolarme, me dice que las dos estamos solas, tan solas como Eva después de la traición de Adán. Ella es la primera mujer y yo la última sobre el universo. Como Narciso me contemplo en su imagen y tengo miedo de morir al fundirme con su reflejo. Mi única ventaja es que en los últimos días, no soy yo la que escribe, sino ella y son sus escritos, no los míos, los que son devorados por los grillos y se pudren en el fondo de un baúl.

Entre las miles de cuartillas escritas busco algo que pueda interesar a algún editor de moda y que pueda convertirse en un *best seller* (después de todo son tantas las deudas por pagar). Nada. Ningún asesino en serie, ningún hecho de sangre. Tampoco personajes famosos, santas prodigiosas, niñas enamoradas o copuladores insaciables. Nada, lo que se dice nada. Ni una sola línea, ni una sola palabra, ni una sola sílaba. Nada. Ella es la protagonista, el personaje principal de todo lo que escribe y lo peor es que no alude a ningún hecho, ni cuenta ninguna historia. Escribe sobre sí misma y el espejo es su único testigo. En lugar de hablar murmura las palabras y para saber lo que dice tengo que colocarme detrás o a su lado cuando se sienta a escribir, de esta manera puede leer en la pantalla de la computadora las frases que va armando, porque no siempre imprime en hojas blancas lo que escribe, muchas veces no termina de escribir lo que sus labios murmuran cuando ya oprime la tecla *Del* o *Bk Sp* y me da tristeza ver como diez páginas se le reducen a una y una oración completa se le vuelve dos palabras y las dos palabras sólo un par de sílabas y

las dos sílabas un par de letras y en algunos casos ninguna, vamos ni siquiera un rasguño o un gruñido queda sobre el papel en blanco y cualquiera, al verla exhausta sobre la silla, desearía que dejara de escribir y le sugeriría gastar su energía, la poca que le queda, en tarea de más fácil ejecución, como por ejemplo, ver la televisión o ir a un desfile de modas. Cualquier cosa antes que gastar las horas, los días, los años y los siglos. Una vida, dos vidas, tres vidas y sus respectivas muertes, en escribir palabras que a nadie le interesa conocer.

Me reconforta no ser yo la que pretende darle vida a las palabras, hacerlas danzar y si logran sobrevivir a las caricias o al desdén de quien las conjura, atraparlas en un hoja de papel al que la humedad habrá de mutilar. Pienso que sería preferible grabarlas sobre el tronco de un árbol o tatuárselas a alguien sobre la piel, por supuesto, habría que escoger entre las pieles más lisas y de mayor tersura, de esta manera el escriba desplazaría más fácilmente el pincel sobre la superficie y el lector (si es que llegara a haber alguno) podría descifrar mejor lo que dicen, porque la palabras no dejan de representar un querer decir concretado en un conjunto de signos que deben ser descifrados y cada desciframiento que se haga, sin duda, será distinto al anterior y así sucesivamente se irán sumando nuevos significados al significado primordial que nunca es único, sino múltiple. Es como morir sin terminar de morir o vivir sin olvidarse de que la vida es efímera y por contradicción, eterna; es decir, un perpetuo recomienzo, al igual que la escritura. Es por eso que quienes escriben se comportan como niños. Rara vez alcanzan la adultez e incapaces de ganarse el pan de cada día, viven de la misericordia ajena y si ésta llega a abandonarlos pueden morir de inanición. Digo esto al darme cuenta que ella lleva una semana entera alimentándose de café. La piel se le pega a los huesos y las cuencas de sus ojos parecen las de un cadáver. La muerte acecha.

Me deprime ver las sábanas sucias y la cama sin tender. El polvo se acumula en todo el cuarto y lo intento, pero, no logro hacer que ella se levante de la silla y deje de una vez por todas de escribir. Dime que el cielo es verde, pide mientras se acomoda el cabello que ha dejado crecer hasta casi llegar a la mitad de lo espalda, debo

reconocer que le sienta bien y de ocuparse un poco de su arreglo personal, podría pasar como una mujer atractiva, aunque tendría que borrarse del rostro la expresión que la delata como un ser de ninguna parte y que llega a asustar a quien la mira, a mí misma me ha asustado en más de alguna ocasión, basta que se me acerque y me mire fijamente a los ojos para que me contagie todo la soledad que trae encima. La veo caminar de un extremo a otro dentro de la habitación. No me queda la mejor duda, es una enferma y sólo lástima se puede tener por los enfermos. Es así como puedo explicarme el que su presencia me llene de conmiseración y la tolero cuando debería echarla a la calle, sobre todo si tomo en cuenta que puede acabar conmigo, convertirme en su sombra, entonces seré yo la que sigue sus pasos y no ella la que sigue los míos. Al menos así fue por algún tiempo. Ahora, ya no sé si ella es la que me sigue o yo la que va detrás. Sus pasos están sobre los míos y los míos están sobre los suyos. Vamos por el mismo sendero y a ambas sólo nos aguarda el abismo, no importa que yo a veces simule detenerme y ella, circunstancialmente, se esconda para aparecer de nuevo.

Fumo para ahuyentar el frío y fumar le hace recordar a mi estómago que está casi vacío. El que fuma pierde el gusto por el olor y el sabor de una buena comida. Le da lo mismo comer esto o aquello. Mastico el aire y las palabras se ahogan, no logran salir de mi garganta. Todo es un querer decir y no hay grito o aullido que emerja de mis labios. Estoy cansada de escuchar las voces del silencio, de ser prisionera de una reflejo y con el vaho de mi aliento cubro la superficie del espejo y manos ajenas a las mías la limpian de nuevo. Me visto, me desvisto, me pongo y me quito la ropa de hace siglos. Tengo el cuerpo de siempre. Me pregunto si el color de la piel me ha cambiado con el paso del tiempo. Camino sobre mis propios pasos y no encuentro huellas que seguir, a no ser las que se desprenden de las propias. Estoy atrapada y sin posibilidades de escape. Entiendo las vicisitudes de Narciso, pero a diferencia de él, tengo miedo de arrojarme al estanque. “Ser o no ser, esa es la cuestión.” No tengo ninguna duda. Me queda claro que las palabras son como la niebla y quien escribe, al igual que quien camina en medio de pasajes nebulosos,

deja el sendero, termina por perderse y va por aquí y por allá dando tumbos, de repente no sabe si está en la cima de la montaña o en el borde del precipicio. Sin pena ni gloria, exorciza o conjura y lo hace consciente de la inutilidad de su oficio. Sabe que inútil es cualquier tarea y más aún la de escribir. ¿Qué sentido tiene nombrar esto o aquello. Levantarse la piel, desnudarse y ver con fascinación y horror la propia desnudez? Supongo que ninguno, lo que me hace preguntarme ¿Para qué empeñarse en la tarea? Y no tengo la respuesta.

Dime que el cielo es verde, escucho de nuevo, no es verde sino azul y está lleno de nubes grises, intento decir y no puedo decir nada, la lluvia golpea el techo y como una herida comienza a resbalar por las paredes. Quiero hablar, alzar la voz, que mis palabras se mueven con el viento, que no queden atrapadas en el papel como las suyas y así evitar que un día las borre el tiempo. Quiero decirle que se vaya al diablo, pero tengo miedo de quedarme completamente sola. El silencio terminaría por matarme y quiero creer que no tengo ganas de morir. Nada debe ser peor que la muerte y la mejor forma de ahuyentarla es no dejar de escribir, pase lo que pase, mientras unos dedos golpean el teclado de una computadora, la muerte no se acercará porque el ruido de las teclas han de martillarle los oídos. Es por eso que tolero verla y ser cómplice de lo que ella escribe, por supuesto, me niego a creer que algo suyo sea mío. Ciertamente, nada puede pertenecerme. Realidad e irrealidad: juego de palabras. La imagen que se dibuja en el espejo me hace creer que soy yo la que escribe estás líneas. Sin embargo, no es posible escribir sobre el vacío. Escribo sobre lo ya escrito. Lo que creo escribir ahora, alguien lo escribió antes que yo y alguien más lo escribirá después o puede estarlo escribiendo. Mi sueño se convierte en recuerdo. Un pasado que vuelve. Hace siglos escribí con una tiza en las paredes y escribo ahora lo que alguien más escribirá mañana, por lo que presiento que no soy realmente yo la que escribe estas líneas y extiendo los brazos para atrapar a la intrusa que percibo a mi lado, a quien encuentro disfrazada de mí.

Ernestina Yépiz

Ernestina Yépiz, es maestra en literatura iberoamericana, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. En lo que a poesía respecta ha publicado poemas en revistas de circulación nacional y regional, como: *Tierra Adentro, Alforja, Textos, Litoral y Oasis.* Es autora de los libros de poesía *La penumbra del paisaje*, y L*os Delirios de Eva.* En narrativa ha publicado D*os encuentros de amor y una despedida,* y *El café de la calle mulberry.* Es periodista, promotora cultural y actualmente trabaja en el departamento editorial del Instituto Sinaloense de Cultura.

Diego José

Una muestra generosa de la obra de Diego José, asentado en la ciudad de Pachuca, da fe de sus virtudes líricas: síntesis, contundencia, claridad, belleza. Su coetánea, Kenia Cano, nos habla de ello.

Haga click en la presentación para ver a pantalla completa

Material audiovisual disponible en la edición web.

Arturo Cosme

De la mano de Grissel Gómez nos llega la propuesta de este poeta, quien es además guionista y editor.

Arturo Cosme

Arturo Cosme Valadez (Cd. de México, 1961). Guionista, editor y poeta. Ha publicado en revistas y periódicos como *To2*, el *Diario del yaqui* , *Ostraco*, *El camaleón*, sección cultural de *Época*, *Voices of Mexico* y *Natura*, entre otros. Escribió el poemario *Sin perturbar la hierba*.

Poema del despechado
Arturo Cosme

porque no estaba ahí
        no estaba
y me lo había ganado
con esa manía de frío
        diciéndole
“vamos a estar como antes”

pero el tiempo
decía ella (y con razón)
para atrás no camina

entonces ¿la muerte?
¿la cara del espejo?
y ella me decía:
la verdad quiero a otro

y yo: "no importa
sólo tu cuerpo bosquejado"
su cara de llorar
siempre vacía
sin decir nada porque nos acabamos

y yo le decía: "es que sin ti..."
y de todos modos me moría
a mi modo
más bien silencioso
pero, ¿vale la pena?

como muertos de frío nos queremos
como un naufragio de ganas
en medio del océano

la verdad es que él no importa
perdonando la forma de moverse
las incontinencias
las flores silenciosas riéndose
desde la mesa

y su vientre
porque ella decía:
“haces mejor el amor”

era en realidad para reírse
pero yo le decía muy serio:
“te amo más que antes”
y sin verdad no mentía
¿quién en verdad puede...?

bah, cada quien sus ganas

y esa cosa
blanda discreta suave
no importaba
cuando dije
(falso, pero sin mentir)
“adiós adiós de cascabeles
harás bien poniendo pies en tierra”
pero la tierra
apenas estas ganas de quererte

en serio:
casi eran dulces las cosas
ese miedo de estar junto a ella

“también lo quiero”
era como una carga aligerada
pesando
en el subibaja de la panza
y además no me importaba

vestido de hojas
tú diciendo:
nuestras faltas
nuestro amor
se sabe que el intelecto y la saliva
la víscera
nada nunca es lo mismo

decía:
“la verdad me da coraje quererte”
¡qué vamos a hacer!
sólo que yo quería fatalidades

explicarte mi amor es como herirme
falsamente
y es que tú cuando nos queríamos
qué caminos de luna

no es que me doliera esa otra persona
que al fin y al cabo ni me toca
ni me toca
ni en ningún sentido me toca
¡qué me iba a doler!
aunque ojalá estuviera muerto
para que fuera mi igual

de puros sueños
de catedrales desmembradas
en los rincones de la alcoba
abochornados
de puro bienhechores de nosotros

porque yo le dije:
“no importa”
y la verdad (pero eso duele)
¡maldita si me importaba un bledo!
cada quien caduco
ametrallando cataclismos

miras con ojos secos
recordando
lo apto que hubiera sido para ti
si fuera otro
date cuenta qué burla
quererte hasta el fondo
yo lo dije
sin que seas nada
estar hecho un badajo de miedo
fascinado
y tú (sin que yo importe):
te amo te amo te amo
repitiéndolo como conchitas
en una playa sola

todos
(oh, también tu barbón)
y la equivocación de noches
ganado en pleno ese minuto
la verdad bastante estúpido
“todos”
repetía yo astutamente

comenzamos a aburrirnos
        eso no es vida
                eso es más bien ausencia

cada quien se muere como puede
sin ganas   sin darse cuenta
                sin darse cuentas

¡cuánta noche de labios!
        no había nada serio en todo eso
y más tarde nos decíamos:
        “es que no podemos
        no podemos”
con ganas de abrazarnos
                y
        desde luego
        nos abrazábamos
como enamorados de la imposibilidad

ahora también hay otro
                casi era doloroso
        (lo mejor que podíamos)
sin que hubiera en verdad nada
entre el frío cuajado y las ganas de llorar
un cuerpo que siempre le hizo falta
        que no existía
        porque cuando estaba ahí
decía con su dulce   su linda cara
        toda inocente
                (a pesar de sus 27 años)
decía:

“te extraño y te extrañé
pero prefiero extrañarte
pero lo quiero
aunque en verdad no mucho
no igual”
nada regresa

los dos nos reímos
lo cierto es que en la frente
el deseo de regresar
tú y yo desnudos
pero como pensando
sin querer sin ganas
hastiados

¡como para morirse de risa!

Gerardo Miranda (EDOMEX, 1984) y Hugo de Mendoza (Guadalajara, 1976)

El poeta y promotor cultural Mario Meléndez, chileno radicado en la Ciudad de México, recomienda la lectura de estos dos jóvenes poetas mexicanos.

[jtabs] Gerardo Miranda :: **Haga click en la presentación para ver a pantalla completa**

Material audiovisual disponible en la edición web.

[jtab/] Hugo de Mendoza :: **Haga click en la presentación para ver a pantalla completa**

Material audiovisual disponible en la edición web.

[/jtabs]

Gerardo Miranda

Hugo de Mendoza

Firmas de la Carta contra la violencia

Aquí el mensaje al presidente de México y las firmas recabadas para pedir un alto al derramamiento de sangre en este país.

CARTA-MANIFIESTO
A FAVOR DE JAVIER SICILIA Y EL PUEBLO MEXICANO

Amán, Atenas, Árgel, Asunción, Babilonia, Barcelona, Belgrado, Berlín, Bogotá, Bremen, Buenos Aires, Caracas, Cuernavaca, Damasco, Dhaka, Dhanbad, Dublín, El Cairo, Estambul, Estocolmo, Fortaleza, Hamburgo, Helsinki, Java, Lagos, La Habana, Lima, Lisboa, Liubliana, Londres, Madrid, Malmö, Medellín, México

D.F., Nueva York, París, Pilsen, Plymouth, Porto, Québec, Quito, Reykiavik, San Francisco, Santiago de Chile, Salzburgo, Seúl, Stuttgart, Tokio, Toronto, Valencia, Viena, Yibuti, Zurich et al – *Domingo, 8 de Mayo de 2011*

Javier Sicilia

Excmo. Sr. Lic. Felipe Calderón Hinojosa, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

PRESENTE

Los abajo firmantes, 380 poetas, escritores, músicos, artistas, periodistas y catedráticos de 63 países de diversos rincones de este mundo, condenamos enérgicamente el asesinato de Juan Francisco Sicilia, hijo del poeta mexicano Javier Sicilia, y de sus seis acompañantes, ocurrido el día 28 del mes de marzo del presente año en la ciudad de Cuernavaca, Morelos.

Nos dirigimos a Usted para solicitarle respetuosamente que *todos* los asesinos sean hallados y castigados con todo el peso de la ley.

Asimismo, nos permitimos manifestar nuestra profunda preocupación por los hechos dolorosos que presencia el mundo y no condicen con la dignidad de México, del pueblo mexicano y de su gloriosa tradición. Acompañamos a los familiares de

los más de 35.000 seres humanos que han perdido la vida en razón de situaciones notorias y, como todos ellos, esperamos que se hará justicia y que el manto de la impunidad no abrigará a los asesinos.

A T E N T A M E N T E

Rosana Acquaroni (España), poeta; Neus Aguado (España), escritora; Felipe Agudelo Tenorio (Colombia), escritor; Humberto Ak'abal (Guatemala), poeta; Toyin Akinosho (Nigeria), escritor y periodista; Rodolfo Alonso (Argentina), poeta y traductor; Ali Al-Shalah (Irak-Suiza), poeta, Director del Festival Árabe de Poesía "Al-Mutanabbi"; Ana Luísa Amaral (Portugal), poeta y profesora universitaria; José Vicente Anaya (México), poeta; José Guillermo Ánjel (Colombia), escritor y profesor universitario; Vito Apüshana (Colombia), poeta; Jotamario Arbeláez (Colombia), poeta; Juan Domingo Argüelles (México), escritor; Ingeborg Arlt (Alemania), escritora, Asociación Alemana de Escritores en Brandenburgo; Michael Augustin (Alemania), poeta y codirector del Festival Internacional de Poesía de Bremen "Poetry on the road"; Homero Aridjis (México), poeta; Chloe Aridjis (México), escritora; Eva Aridjis (México), cineasta; Dimitri Avghérinos, escritor y traductor (Siria-Grecia); Willy Bach (Costa Rica), poeta e historiador; Sergio Badilla (Chile), académico y poeta; María Baranda (México), poeta; Juan Barja (España), Director del Círculo de Bellas Artes en Madrid; Diego Bastianutti (Italia-Canadá), poeta y escritor, Vicecónsul de Italia en Canadá; Iren Baumann (Suiza), poeta; Klaus Behringer (Alemania), Presidente de la Unión de Escritores del Sarre; Gaston Bellemare (Québec-Canadá), editor y promotor cultural; Jenny Beltrán Suavita (Colombia-España), investigadora; Héctor Berenguer (Argentina), poeta; *Bengt Berg (Suecia), poeta y Diputado en el Parlamento Sueco;* Elba Berruz (Ecuador-E.U.), Asociación Mundial de Ecuatorianos Residentes en el exterior; Alberto Blanco (México), poeta; Klaus Bertram (Argentina); René Bertram (Argentina); Casimiro de Brito (Portugal), poeta, Premio Europeo de Poesía Sibila Aleramo-Mario Luzi; Sujata

Bhatt (India-E.U.), poeta; Heinrich Bleicher-Nagelsmann (Alemania), Secretario General de la Asociación Alemana de Escritores; Jorge Boccanera (Argentina), poeta y periodista; Pascual Borzelli (Panamá-México), fotógrafo; Rachid Boudjedra (Argelia), poeta; Breyten Breytenbach (Francia-Suráfrica), poeta; Denisse Buendía (México), poeta; Janos Burghardt (Alemania), ingeniero; Jona Burghardt (Alemania-Argentina), poeta y traductora; Tobías Burghardt (Alemania), poeta; Rómulo Bustos Aguirre (Colombia), poeta; Nicole Cage-Florentiny (Martinica), escritora; Lila Calderón (Chile), poeta; Carlos Calero (Nicaragua), poeta; Marco Antonio Campos (México), poeta; Kenia Cano (México), poeta; Albert Cañagueral Rey (Cataluña-España), periodista; Emmanuel Carballo (México), crítico literario; Héctor Carreto (México), poeta; Wilfredo Carrizales (Venezuela-China), poeta, sinólogo y traductor; Victor Manuel Cárdenas (México), poeta; Leopoldo "Teuco" Castilla (Argentina), poeta; Malena Cirasa (Argentina), poeta; Antonio Cisneros (Perú), poeta; Mirta Clara (Argentina), psicóloga y profesora; Jennifer Clement (E.U.-México), poeta, narradora y Presidente del PEN Club México; Emilio Coco (Italia), poeta y traductor; Ampie Coetzee (Suráfrica), escritor y profesor universitario; Rosina Conde (México), escritora; Neftalí Coria (México), poeta; Adriano Corrales Arias (Costa Rica), escritor; Antonio Correa (Colombia-Ecuador), poeta; David Cortés Cabán (Puerto Rico), poeta y profesor universitario; María Cortina (México), promotora cultural; Ramón Cote Baraibar (Colombia), poeta; Elsa Cross (México), poeta; Margarito Cuéllar (México), poeta; Ricardo Cuéllar (Colombia), poeta y profesor universitario; Ricardo José Chalarca (Colombia) narrador y ensayista; Jorge Humberto Chávez (México), poeta; Manfred Chobot (Austria), escritor; Chong He Yong (Corea del Sur), traductora y catedrática universitaria; Luis Chumacero (México), escritor; Aline Davidoff (México), escritora, Vicepresidente PEN Club México; Volker W. Degener (Alemania), escritor, Asociación de Escritores en Renania Westfalia; Antonio Deltoro (México), poeta; Esther Dischereit (Alemania) poeta y escritora, Premio Erich Fried; Regina Dyck (Alemania), Directora del Festival Internacional de Poesía "Poetry on the road" en Bremen; Vanessa Droz (Puerto Rico), poeta; Tarek Eltayeb (Sudán-Egipto), poeta

y académico; Ursula Eltayeb (Austria), arabista y traductora; Beatriz Espejo (México), narradora; José María Espinasa (México), poeta y editor; Santiago Espinosa (Colombia), poeta y editor; Jorge Esquinca (México), poeta; Lucía Estrada (Colombia), poeta; Carlos Fajardo Fajardo (Colombia), poeta; Massum Faryar (Afganistán-Alemania), poeta y traductor del farsi; Lawrence Ferlinghetti (San Francisco-E.U.), poeta; Renée Ferrer (Paraguay) poeta y narradora; María Antonieta Flores (Venezuela), poeta; Gabriel Jaime Franco (Colombia), poeta; Daniel Freidemberg (Argentina), poeta; Zein Elabdin Fouad (Egipto), poeta; Mía Gallegos (Costa Rica), poeta, Presidenta de la Asociación Costarricense de Escritoras; Tomas Friedmann (Austria), Director de la Casa de Literatura en Salzburgo; Antonio Gamoneda (España), poeta, Premio Cervantes de Literatura; Ángela García (Colombia), poeta y traductora; Reynaldo García Blanco (Cuba), poeta, Director Centro de Promoción Literaria José Soler Puig de Santiago de Cuba; María Isabel García Mayorca (Colombia), poeta; Dana Gelinas (México), poeta; Mónica de la Garza (México), economista; Juan Gelman (Argentina), poeta, Premio Cervantes de Literatura; Judit Gerendas (Venezuela), narradora, crítica literaria; Gunnar F. Gerlach (Alemania), profesor universitario, Asociación para la Intervención del Arte-GfoK; Isaac Goldemberg (Perú-EE.UU.), escritor y profesor; Stefanie Golisch (Italia-Alemania), escritora y traductora; Aldemar González (Colombia), poeta; Jorge González de León (México), poeta; Wolfgang Görtschacher (Austria), editor y catedrático; Hernando Guerra Tovar (Colombia), poeta; Gabriela Gutiérrez Ovalle (México), pintora; Hugo Gutiérrez Vega (México), poeta; Qassim Haddad (Baréin), poeta; Christina Hartmann (Alemania), activista cultural; Joy Harjo (Nación Mvkoke-E.U.), poeta y músico; Rodolfo Häsler (Cataluña-España), poeta y traductor; Aden Hassan Aden (República de Yibuti), escritor, Presidente del Centro PEN Somalí; Allison Hedge Coke (E.U.), poeta; Martina Hefter (Alemania), escritora y artista; Peter Nikolaus Heikenwälder (Alemania), artista; Axel Helbig (Alemania), Revista de Literatura y Arte “Ostragehege”; Francisco Hernández (México), poeta; Enrique Hernández-D’Jesús (Venezuela), poeta y artista; Juan Miguel Hernández León (España), Presidente del Círculo de Bellas Artes en Madrid;

Dorothea Rosa Herliany (Indonesia), poeta; Mofidul Hoque (Bangladesh), ensayísta, crítico y activista cultural; David Huerta (México), poeta; Eduardo Hurtado (México), poeta; Stanka Hrastelj (Eslovenia), poeta; Josef Hrubý (República Checa), poeta, Presidente de la Unión de Escritores en Bohemia; Sergio Iagulli (Italia), Director de la "Casa della Poesia" en Baronissi; Philo Ikonya (Kenia-Noruega), escritora, Presidenta del Centro PEN Kenia; Edwin Illescas (Nicaragua), poeta; Gabriel Impaglione (Argentina-Italia), poeta; Christoph Janacs (Austria), escritor y maestro; Ana María Jaramillo (Colombia-México), escritora; Jimena Jiménez Cacho (México), fotógrafa; Elfriede Jelinek (Austria), escritora y dramaturga, Premio Nobel de Literatura; Birgitta Jónsdóttir (Islandia), poeta y Diputada del Parlamento Islandés; Leandro Katz (Argentina), cineasta, escritor y fotógrafo; Dhabiya Khamis (Emiratos Árabes Unidos-Egipto), poeta y activista por los Derechos Humanos y la Mujer; Kim Kwang-Kyu (Corea del Sur), poeta y catedrático; Jutta Konjer (Alemania), artista; José Kozer (Cuba-E.U.), poeta; Maruša Krese (Eslovenia-Alemania), periodista y escritora; Jan Kuhlbrodt (Alemania), escritor; Klaus Küpper (Alemania), Archivo de literatura traducida de América Latina y el Caribe en Colonia; Brigitte Labs-Ehlert (Alemania), Directora del Festival de Literatura y Música "Caminos por el paisaje", Oficina de Literatura Westfalia Oriental-Lippe; Jorge Alejandro Lagos Nilsson (Chile), periodista y escritor; Josu Landa (México), poeta; Barbara Lang (E.U.-Alemania), traductora y gestora cultural; Magali Lara (México), pintora; María Pía Lara (México), doctora en filosofía; Nicole Laurent-Catrice (Francia), poeta y traductora; Anton G. Leitner (Alemania), poeta y director de la revista de poesía "Das Gedicht"; David Lemm (Alemania), coeditor de la revista literaria "Streckenlaeufer" y autor; Juan Carlos Lemus (Guatemala), poeta y narrador; José Ángel Leyva (México), poeta y editor; Conceição Lima (San Tomé y Príncipe), periodista y poeta; Klaus-Jürgen Liedtke (Alemania), poeta y traductor; Jairo Alberto López (Colombia), poeta; Helmut Lotz (Alemania), editor; Elva Macías (México), poeta; Francisco Magaña (México), poeta; Sepp Mall (Italia), escritor y maestro; Álvaro Marín (Colombia), escritor; Rosanna Emperatriz Marín Leal (Venezuela), escritora y gestora cultural; Gonzalo Márquez Cristo (Colombia),

poeta; Émile Martel (Québec-Canadá), escritor y traductor; Presidente del Centro Québec del PEN Internacional; Fabio Martínez (Colombia), escritor y docente; Leonardo Iván Martínez (México), poeta; María Luisa Martínez Passarge (México), diseñadora gráfica y editora; Floriano Martins (Brasil), poeta y editor; Manuele Masini (Italia-Portugal), escritor, investigador y traductor; Mohamed Massad (Marruecos), escritor y periodista; Larry Mejía (Colombia), escritor; Victor Manuel Mendiola (México), poeta, Presidente Honorario PEN Club México; Anne-Marie Mergier (Francia), periodista; Alan Mills (Guatemala), escritor; Sergio Mondragón (México), poeta; Raúl Montero Zepeda (México), Presidente de Gestión y Renovación Social Bicentenario, AC. (México); Esteban Moore (Argentina), poeta y periodista; Winston Morales Chavarro (Colombia), poeta y docente universitario; Martin Mowforth (Reino Unido), profesor universitario de antropogeografía; Verónica Murguía (México), escritora; Lorenz Müller-Morenius (Alemania), pintor y gráfico, Primer Directivo Confederal de la Sección Artes Plásticas del Sindicato Alemán Unido-Verdi en Berlín; María Negroni (Argentina), poeta; Alberto Nessi (Suiza Italiana), escritor; Helmuth A. Niederle (Austria), escritor, directivo del Centro Austríaco del PEN Club; Mario Noel Rodríguez (Guatemala), poeta; Iván Oñate (Ecuador), poeta; Xavier Oquendo (Ecuador), poeta; Armando Orozco Tovar (Colombia), poeta; Amparo Osorio (Colombia), poeta; Heidemarie Ott (Alemania), Directora del Centro de Literatura en Hamburgo; Adnan Özer (Turquía), poeta y Director del Festival Internacional de Poesía en Estambul; Cristina Pacheco (México), escritora y periodista; José Emilio Pacheco (México), poeta y narrador, Premio Cervantes de Literatura; María Rosa Palazón (México), escritora e historiadora; Ramón Palomares (Venezuela), poeta, profesor universitario; Teresa Pascual (Valencia, España), poeta; Ernest Pépin (Guadalupe), escritor; Gustavo Pereira (Venezuela), poeta, Premio Nacional de Poesía; Cristina Peri Rossi (Uruguay-España), poeta y escritora, Premio Internacional de Poesía Rafael Alberti; Aline Peterson (México), escritora; Una Pfau (Alemania), escritora y periodista; Héctor A. Piccoli (Argentina), poeta y traductor; Jean Portante (Luxemburgo-Francia), poeta y traductor; Branko Prelevic (Serbia-Montenegro), poeta y traductor; Gustavo Adolfo Quesada

(Colombia), poeta y profesor universitario; José Pablo Quevedo (Perú), poeta y crítico; Susanna Rafart (Catalunya-España), poeta; Aminur Rahman (Bangladesh), poeta y traductor; María Ramírez Delgado (Venezuela), poeta; Sofía Ramírez (México), narradora; Rogelio Ramos Signes (Argentina), escritor; José Luis Reina Palazón (España), poeta y traductor; Gendis Rara (Indonesia), poeta; Fernando Rendón (Colombia), poeta, Director del Festival Internacional de Poesía en Medellín y Premio Nobel Alternativo; Eleonora Requena (Venezuela) poeta; Taher Riad (Jordania), poeta; Christoph Richter (Alemania), pintor, Directivo de la Sección Artes Plásticas del Sindicato Alemán Unido en Hamburgo; Juan Manuel Roca (Colombia), poeta; Joaquina Rodríguez Plaza (México), escritora; Juan Manuel Rodríguez Tobal (España), poeta; Gabriel Rosenstock (Irlanda), poeta; Bernardo Ruiz (México), escritor; Abdul Hadi Sadoun (Irak), escritor e hispanista; Martín Salas Avial (Colombia), Director del Festival Internacional de Poesía en Cartagena; Arabella Salaverry (Costa Rica), poeta y actriz; Mario Sampaolesi (Argentina), poeta; Eduard Sanahuja (Cataluña-España), poeta; Àxel Sanjosé (Alemania), poeta y traductor; Maria de Nazaré Sanches (Portugal), aforista y traductora; Andrés Sánchez Robayna (España), poeta, ensayista y catedrático; Neftalí Sandoval-Vekarich (Colombia / Serbia), poeta y antropólogo; César Seco (Venezuela), poeta y fundador de la Bienal Internacional de Literatura Elías David Curiel; Dolores Serrano (México), lingüista; R. K. Singh (India), poeta y catedrático en Humanidades y Ciencias Sociales; Ulrich Schreiber (Alemania), Director del Festival Internacional de Literatura en Berlín; Jeannette Schwebsch (Argentina); Yván Silén (Puerto Rico), poeta y novelista; Lasse Söderberg (Suecia), poeta y traductor; Joaquín Soto (Costa Rica), poeta; Jörg Stange (Alemania), artista, Asociación para la Intervención del Arte-GfoK, Directivo del Sindicato Alemán Unido en la Sección Artes Plásticas con cien artistas de Hamburgo; Ludwig Steinherr (Alemania) escritor, Academia Bávara de Bellas Artes; Eira Stenberg (Finlandia), poeta y escritora; Torsten Striegnitz (Alemania), cineasta; Alhaji Papa Susso (Gambia), poeta y músico; Alberto Szpunberg (Argentina), poeta y periodista; Tomaž Šalamun (Eslovenia), poeta; Paco Ignacio Taibo II (México), narrador y biógrafo; Tendo Taijin (Japón), poeta y pintor; Mila-

gros Terán (Nicaragua), poeta; Johannes Thumfart (Alemania), periodista de diario semanal “Die Zeit”; Erkut Tokman (Turquía), poeta y traductor; Luis Tovar (México), escritor y periodista; Iván Trejo (México), poeta; Vida Valero (México), escritora y catedrática; Stefaan van den Bremt (Bélgica), poeta y traductor; Eduardo Vázquez Martín (México), poeta; Galo Vega (Ecuador), escritor; Enzia Verduchi (México), poeta; Paloma Villegas (México), escritora; Humberto Vinueza (Ecuador), escritor y poeta; Jordi Virallonga (Cataluña-España), poeta y catedrático; Jürgen Völkert-Marten (Alemania), escritor; Ulla Walter (Alemania), pintora y autora; Rodja Weigand (Alemania), poeta y editor, Espacio de Arte Schwifting (Alemania); Eliot Weinberger (E.U.), escritor; Ron Winkler (Alemania), escritor y traductor; Eraclio Zepeda (México), poeta y narrador; Walter Zimmermann (Alemania), compositor y docente universitario; Félix Aurelio Zurita (México), investigador y académico. –

ENTRADAS RELACIONADAS

Presentación de La Otra-Gaceta 49

Cuando la poesía protestó en las calles

Javier Sicilia, un poeta como líder moral

EDICIÓN · ARCHIVO · CORRESPONDENCIA

Sobre esta *edición*

Esta edición PDF forma parte del archivo digital de *La Otra* y reproduce los textos, imágenes y créditos de la edición publicada en laotrarevista.com.

PUBLICACIÓN

La Otra

Revista de poesía, artes visuales y otras letras.

México · desde 2008.

Número 50 · mayo 2011

DIRECCIÓN

José Ángel Leyva
DIRECTOR FUNDADOR

Mohsen Emadi
DIRECTOR EDITORIAL

Directorio completo
laotrarevista.com/directorio

CONTACTO EDITORIAL

admin@laotrarevista.com

laotrarevista.com/contacto

Correspondencia, información editorial, correcciones y consultas sobre publicación.

PRIVACIDAD Y CRÉDITOS

laotrarevista.com/aviso-de-privacidad

Los textos e imágenes conservan los créditos indicados en cada colaboración. Para consultas sobre reproducción, derechos o atribución, escribe a la revista.

Directorio *editorial*

LA REVISTA SE HACE ENTRE MUCHAS VOCES

I DIRECCIÓN

José Ángel Leyva
DIRECTOR FUNDADOR

Mohsen Emadi
DIRECTOR EDITORIAL

II CONSEJO EDITORIAL

01 Juan Manuel Roca

02 María Luisa Martínez

03 Jorge Boccanera

04 Grissel Gómez Estrada

05 Alfonso Sánchez

06 David Jurado

07 Jordi Virallonga

08 Rodrigo Garza

09 Luis Ignacio Sáinz

III REDACCIÓN

Manuel Sauceverde
REDACCIÓN

Número 50

mayo 2011

Revista de poesía, artes visuales y otras letras.

laotrarevista.com